

*El territorio es la vida,  
y la vida no se vende,  
se ama y se defiende*



Manuela Triviño Monar  
ASOMUAFROYO  
Juan Camilo Montoya Díaz



Editorial  
Universidad  
Icesi



*El territorio es la vida,  
y la vida no se vende,  
se ama y se defiende*



# *El territorio es la vida, y la vida no se vende, se ama y se defiende*

Manuela Triviño Monar  
ASOMUAFROYO  
Juan Camilo Montoya Díaz



---

## **El territorio es la vida, y la vida no se vende, se ama y se defiende**

© Manuela Triviño Monar, Juan Camilo Montoya Díaz y ASOMUAFROYO

Cali / Universidad Icesi, 2023

100 pp, 17 x 24 cm

Este libro incluye referencias bibliográficas

**Palabras claves:** **1.** Grupos sociales **2.** Comunidades e identidades  
**3.** Memoria colectiva **4.** Mujeres afrodescendientes **5.** Cauca (Colombia)

**Clasificación Dewey:** 303 ddc

**DOI:** <https://doi.org/10.18046/EUI/ee.9.2023>

**ISBN:** 978-628-7630-09-3

---

© **Universidad Icesi**

Primera edición, 2023

**Coordinador editorial:** Adolfo Abadía

**Revisión de estilo:** Karime Rios Pidrahita

**Fotografía:** Miguel Romero González

**Diseño y diagramación:** Paula Andrea Urrego Vélez

**Ilustración:** Hanna Ramírez

---

### **Editorial Universidad Icesi**

Calle 18 No. 122-135 (Pance), Cali - Colombia

Teléfono. +57 (2) 555 2334

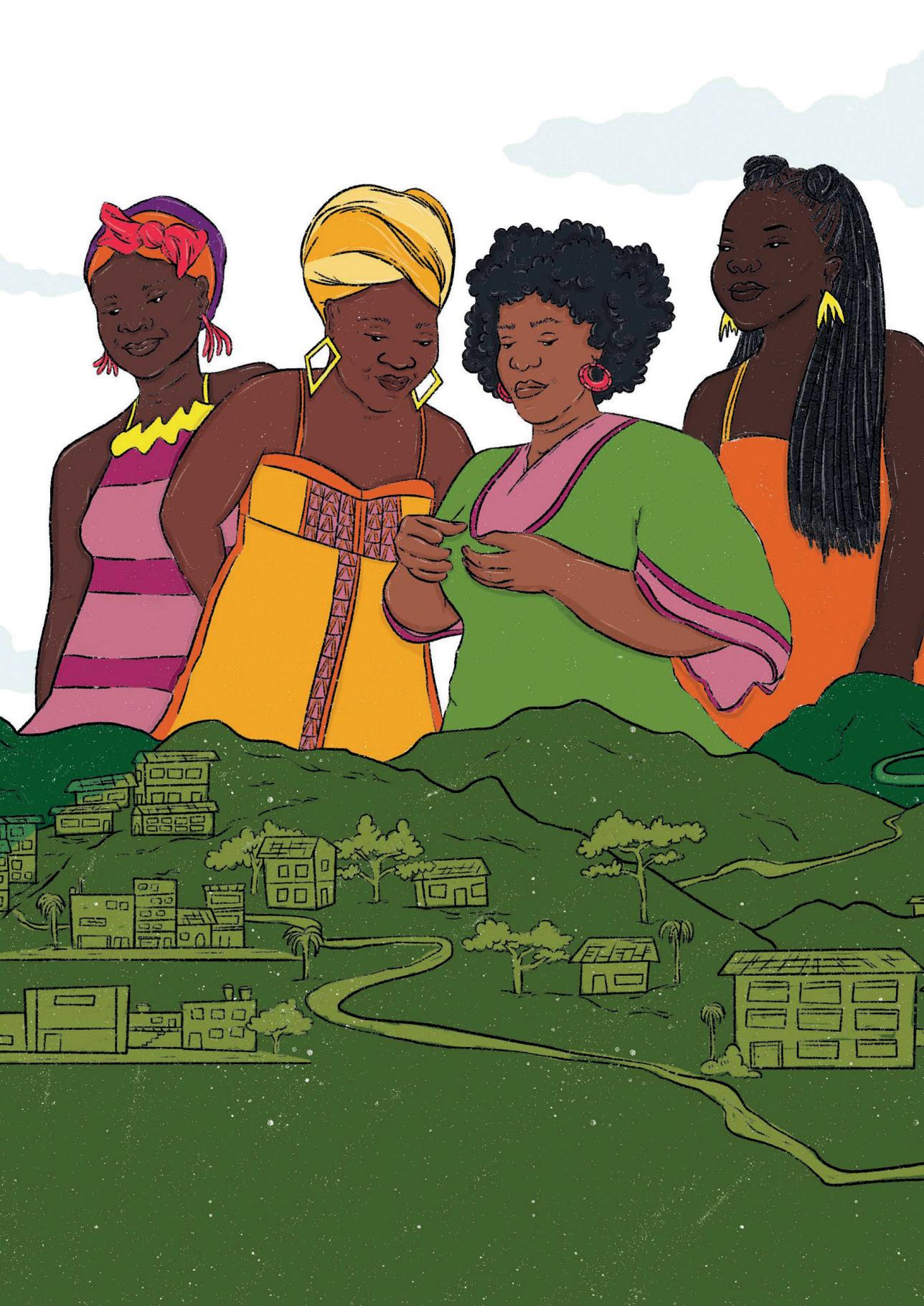
E-mail: [editorial@icesi.edu.co](mailto:editorial@icesi.edu.co)

<https://www.icesi.edu.co/editorial>

Publicado en Colombia / *Published in Colombia*

La Editorial Universidad Icesi, la Agencia Extremeña de Cooperación Internacional (AEXCID) y la Alianza de Civilizaciones de Naciones Unidas (UNAOC) no se hacen responsables de las ideas expuestas bajo su nombre, las ideas publicadas, los modelos teóricos expuestos o los nombres aludidos por los y las autoras. El contenido publicado es responsabilidad exclusiva de los y las autoras, no refleja la opinión de las directivas, el pensamiento institucional, ni genera responsabilidad frente a terceros en caso de omisiones o errores.

El material de esta publicación puede ser reproducido sin autorización, siempre y cuando se cite el título, los y las autoras y la fuente institucional.





A

Maria Yera  
Mina

Dancy  
Mina



*El territorio es la vida,  
y la vida no se vende,  
se ama y se defiende*

Manuela Triviño Monar  
ASOMUAFROYO  
Juan Camilo Montoya Díaz

# Agradecimientos

Agradecemos a la Fundación WWB Colombia por su generosa financiación, que hizo posible convertir este sueño en una realidad tangible. Asimismo, extendemos nuestros agradecimientos a la directora del Centro de Estudios Afrodiaspóricos (CEAF) de la Universidad Icesi, Melissa Gómez Hernández, por su valioso asesoramiento académico y su apoyo constante durante todo el proceso de estructuración y creación del libro.

También deseamos agradecer a Lani Anaya Jiménez por su lectura del libro y la creación del prólogo, así como a la Alianza de Civilizaciones de Naciones Unidas (UNAOC, por sus siglas en inglés), a la Agencia Extremeña de Cooperación Internacional (AEXCID) y a la Red Unida de Jóvenes Constructores de Paz (UNOY, por sus siglas en inglés) por su valioso apoyo a través del programa Jóvenes Constructores de Paz en América Latina y el Caribe. Nuestro agradecimiento se extiende a Miguel Romero por su apoyo fotográfico, a Karime Ríos Piedrahita por la revisión y corrección de estilo, a Paula Andrea Urrego por la cuidadosa diagramación, a Hanna Ramírez por su creatividad en la creación de la portada, y a Adolfo Abadía y al equipo de la Editorial Icesi por hacer posible la publicación del libro.

Manuela y Juan, dos de las personas autoras, deseamos expresar nuestro sincero agradecimiento a las lideresas de la Asociación de Mujeres Afrodescendientes de Yolombó (ASOMUAFROYO). Estamos en profunda gratitud por abrir sus corazones y permitirnos escuchar y aprender de sus historias, reflexiones y experiencias de vida. Valoramos la oportunidad que nos brindaron de visitar Yolombó y de compartir lágrimas y risas. Apreciamos enormemente su participación y compromiso en la creación de este libro.



# ASOMUAFROYO

Queremos dedicar este libro a la memoria de la mayora Paulina Balanta y de Damaris Tatiana Trujillo, cuyo legado de amor al territorio siempre perdurará en estas páginas. Este logro no solo es un resultado de esfuerzos individuales, sino también el producto del valioso apoyo brindado por diversas lideresas y líderes de ASOMUAFROYO. Aunque no todas las personas fueron mencionadas a lo largo de este documento, queremos expresar nuestro sincero agradecimiento y reconocimiento a quienes generosamente compartieron sus historias, reflexiones, sabiduría y escritos para hacer posible esta obra. Ellas y él son:



**ASOMUAFROYO**

— • ASOCIACIÓN DE MUJERES AFRODESCENDIENTES DE YOLOMBÓ • —

Damaris Tatiana Trujillo

Dancy Adriana Mina

Dora Cely Márquez

Katherine Balanta

Luz Adriana Balanta

Maria Aide Balanta

Maria Nubia Balanta

Maria Orlenci Caicedo

María Claudia Trujillo

Maria Lucrecia Balanta

Mery Yein Mina

William Márquez

Yerlin Márquez

Yolanda Chara



LEER ES MI CUENTO

FELIZ DIA DEL ESTANTE

Mientras más lees más cosas sabrás



# Prólogo

El programa *Jóvenes Constructores de Paz para América Latina y el Caribe* de la Alianza de Civilizaciones de las Naciones Unidas (UNAOC) ha sido un espacio donde jóvenes de toda la región comparten sus experiencias como personas activistas, investigadoras e implementadoras de proyectos de paz. Este taller es facilitado por jóvenes adultos con experiencia en temas de construcción de paz y diálogo, como su servidora. Durante el encuentro de participantes y facilitadores en España en el año 2022, recuerdo escuchar con gran atención e interés el proyecto que hoy está plasmado en estas páginas.

Colombia es un lugar al que le tengo mucho cariño por las diversas amistades que he forjado ahí y que han perdurado en el tiempo, por sus territorios maravillosos y, sobre todo, por el gran trabajo que la sociedad hace todos los días por la paz. Ello es algo que se observa desde el reciente y anhelado cambio de gobierno, los distintos proyectos de fortalecimiento agrícola y de reintegración social de excombatientes, pasando por la apuesta por el turismo sostenible y el activismo en las calles, hasta las tan diversas muestras de arte y los distintos esfuerzos por recopilar, preservar y fortalecer las memorias colectivas de las comunidades, como se logra por medio de este libro. Por ello, la invitación de Manuela, Juan y la Asociación de Mujeres Afrodescendientes de Yolombó (ASOMUAFROYO) a escribir el presente prólogo significó un honor y, a la vez, una gran responsabilidad.

En esta obra, Manuela, ASOMUAFROYO y Juan compilan con armonía y genuinidad los recuerdos y las vivencias de mujeres afrodescendientes de Yolombó, en el departamento del Cauca, Colombia. La resistencia de ASOMUAFROYO frente al conflicto armado, la violencia, el racismo, el destierro, el neoextractivismo y la desigualdad que amenazan al medio ambiente y la vida de estas mujeres nos inspira a «vivir sabroso» dentro de las vicisitudes y las alegrías de lo cotidiano; dentro del día a día de las luchas colectivas; dentro de las sonrisas y las lágrimas de nuestras queridas protagonistas.



En este libro, se exploran las memorias colectivas como representaciones de los espacios geográficos, físicos e imaginarios vividos por grupos específicos. Específicamente, en el presente ejemplar se muestra a Yolombó desde esos lugares habitados por sus mujeres: niñas, jóvenes, adultas y mayores afrodescendientes. Son ellas quienes se apropian de la narrativa territorial, del origen de su población, de sus contextos socioeconómicos, de su relación comunitaria con el medio ambiente y, sobre todo, de sus liderazgos y la construcción de paz. A través de sus voces, estas mujeres de ASOMUAFROYO comparten sus vivencias y las historias de sus ancestas y ancestros sobre la resistencia histórica, así como su visión de paz para su comunidad.

A través de las tradiciones orales, los recuerdos, las anécdotas, la prosa, el poema, el acróstico y otras formas literarias que emergen de la creatividad, las personas lectoras podrán empaparse de los espacios que las mujeres afrodescendientes de Yolombó habitan, que son de ellas y de nadie más. A través de su memoria colectiva, ASOMUAFROYO ensalza la lucha y la paz local, esa que tiene más significado que las negociaciones de alto nivel con pompa y guante. Es la paz que se forma desde lo local, desde la gente que vive y que hace pequeñas y grandes acciones todos los días. Es la paz que se hace desde la calle y el territorio, desde los lugares que se consideran poco importantes, pero que, en realidad, son inmensamente valiosos. Es la paz desde Yolombó y desde Yerlin, Maria Lucrecia, Mery Yein, Dancy Adriana, Dora Cely, María Claudia y las demás lideresas de esta comunidad. Es la paz de vivir sin miedo, de habitar el territorio con todas sus letras, la dignidad compartida, la armonía con el medio ambiente, la posibilidad de «vivir sabroso».

Agradezco a Manuela, a Juan y a las lideresas de ASOMUAFROYO por haberme concedido el honor de leer este proyecto hecho tanto desde el profesionalismo, como desde la pasión por tener una Colombia que viva la paz todos los días. Este trabajo, al que se le ha dedicado tiempo y esfuerzo, es un ejemplo claro de la calidad y experticia que las juventudes colombianas y las mujeres afrodescendientes demuestran con sus contribuciones para consolidar el desarrollo de sociedades más pacíficas e incluyentes.

**Lani Anaya Jiménez**  
Especialista en temas de paz y desarrollo sostenible





EN YOLOMBO ❤️ VIVIMOS SABROSO... ❤️ ♣️

# Introducción

En el marco de la Maestría en Estudios Sociales y Políticos de la Universidad Icesi, Manuela y Juan Camilo, dos de las personas autoras, nos encontrábamos ante el desafío de llevar a cabo una investigación que culminara en la elaboración de un escrito. Durante semanas, exploramos numerosas posibilidades de temas por investigar y esbozamos varios proyectos que, finalmente, fueron descartados por diversas razones, ya sea porque no conectábamos plenamente con ellos o debido a limitaciones presupuestarias, entre otros motivos. Sin embargo, algo que teníamos claro era que teníamos un firme propósito de contribuir a abordar la deuda histórica que tiene Colombia hacia las mujeres afrodescendientes y de contribuir a la construcción de paz en el país.

Manuela se graduó como Comunicadora Social y obtuvo una especialización en Cultura de Paz y Derecho Internacional Humanitario, y Juan Camilo es Antropólogo y Biólogo. Desde nuestras distintas disciplinas y enfoques de investigación, habíamos identificado que las experiencias de vida de las personas eran diferenciales según sus identidades, especialmente en lo que respecta a su etnia/raza y género. Desde la llegada de los colonos a lo que hoy es Colombia, se instauró una estructura de desigualdad que aplicaba criterios de discriminación basados en la etnia/raza y el género de las personas. Las mujeres no tenían derechos para elegir a sus gobernantes ni a la propiedad privada, y las poblaciones africanas y sus descendientes vivían en condición de esclavitud. A lo largo de los siglos, la situación nacional cambió, y con ello se produjeron avances en la garantía de derechos para estas poblaciones, como lo demostró la Ley del 21 de mayo de 1851 sobre la libertad de las personas esclavizadas o la Ley 30 de 1988 de Reforma Agraria que garantizaba el derecho de las mujeres a la propiedad de la tierra. Sin embargo, en la actualidad, tanto mujeres como personas afrodescendientes aún enfrentan condiciones de profunda desigualdad.

Por dar solo algunos ejemplos que ilustran lo anterior, de acuerdo con el Departamento Nacional de Estadística (DANE)<sup>1</sup>, el 50,0 % de la población afrodescendiente rural en Colombia vive en condiciones



de pobreza multidimensional, una cifra significativamente mayor que la ya alarmante tasa del 39,9 % para las áreas rurales colombianas y del 19,6 % para todo el territorio nacional. Asimismo, se ha identificado que solo el 69,9 % y el 54,8 % de la población negra, afrodescendiente, raizal y palenquera tiene acceso a servicios de acueducto y alcantarillado en sus hogares, en comparación con el 86,4 % y el 76,6 % de la población nacional, respectivamente. Otros estudios también han revelado que las personas afrodescendientes tienen menos acceso a la educación formal y a los servicios de salud en Colombia<sup>2 y 3</sup>.

En lo que respecta al género, en la actualidad, la participación de las mujeres en el mercado laboral es del 55,8 %, una cifra inferior al 79,7 % correspondiente a los hombres<sup>4</sup>. Además, las mujeres en Colombia tienen una probabilidad del 27,5 % de no contar con ingresos propios, casi tres veces mayor que la de los hombres, que es del 10,5 %<sup>5</sup>. También, se estima que las mujeres destinan en promedio 7 horas y 14 minutos diarios al trabajo doméstico y de cuidado no remunerado, mientras que los hombres invierten significativamente menos tiempo, aproximadamente 3 horas y 25 minutos al día en estas actividades. Así, estas cifras muestran un esbozo del complejo panorama de brechas de desigualdad étnica y de género en Colombia.

Si bien las condiciones de desigualdad que enfrentan las mujeres y las personas afrodescendientes son complejas por separado, la situación de las mujeres afrodescendientes lo es aún más. Como han señalado destacadas académicas como Kimberlé Crenshaw<sup>6</sup>, Patricia Hill Collins<sup>7</sup>, Angela Davis<sup>8</sup>, Aurora Vergara y Katherine Arboleda Hurtado<sup>9</sup>, las mujeres afrodescendientes tienen vivencias que son moldeadas tanto por su género como por su etnia, y por el mismo encuentro y entrelazamiento de ambas identidades que se funden en sus cuerpos y forman experiencias únicas. Esto se puede apreciar, por ejemplo, en la brecha de acceso a educación de las mujeres afrodescendientes en América Latina y el Caribe, la cual es aún más pronunciada que la de las mujeres sin autorreconocimiento étnico y la de las personas afrodescendientes en general<sup>10</sup>. ¿La razón? Las mujeres afrodescendientes se han visto obstaculizadas en su acceso a la educación debido a factores de género, como la maternidad temprana y la desigualdad en la distribución de las responsabilidades del trabajo doméstico y del cuidado. Además,



se enfrentan a sistemas educativos que no han tenido en cuenta las particularidades culturales, económicas y geográficas de las comunidades afrodescendientes.

A pesar de que las mujeres afrodescendientes experimentan formas exacerbadas de desigualdad en términos étnicos y de género, sus características identitarias también les permite comprender y relacionarse con el mundo de manera distinta a la de los hombres afrodescendientes y a las mujeres no afrodescendientes. Además de contribuir al enriquecimiento cultural de la nación, la diversidad de pensamiento entre las mujeres afrodescendientes adquiere una mayor relevancia en el contexto actual de Colombia. Con su existencia en sí misma, por medio de las perspectivas únicas con las que observan el mundo, las mujeres afrodescendientes ofrecen al país una aproximación alternativa para analizar y abordar los problemas que hoy aquejan a la nación, como el conflicto armado, la violencia y la degradación del medio ambiente. Como lo mencionó Epsy Campbell Barr, vicepresidenta de la República de Costa Rica:

Las comunidades afrodescendientes están altamente expuestas a los desastres naturales y a los efectos negativos del cambio climático, sin embargo, son también de los grupos con mayor potencial para contribuir a la mitigación de esa amenaza global. Las mujeres afrodescendientes, mediante sus conocimientos y prácticas, son aliadas clave para entender y atender la crisis climática<sup>11</sup>.

Infelizmente, las formas de pensar y de sentir de las mujeres afrodescendientes han sido invisibilizadas y excluidas de la historia oficial del país. Como nos indicó en una ocasión Daniella Castellanos, doctora en Antropología, para incorporar las perspectivas de estas mujeres, debemos permitirnos pensar desde sus ideas y perspectivas, y reconfigurar las relaciones que entretejemos en conjunto, dejando atrás la aproximación extractivista en favor de una visión de co-construcción.



Como afirmó en una ocasión Miguel Ángel Moratinos, Alto Representante de la Alianza de Civilizaciones de las Naciones Unidas (UNAOC), la diversidad humana no debería considerarse una amenaza, sino una oportunidad para preservar la humanidad<sup>12</sup>. Esta podría ser, entonces, la clave que nos permita habitar una Colombia más justa, pacífica, incluyente y sustentable; una Colombia en la que la riqueza cultural y biológica se erijan verdaderamente como nuestro emblema nacional.

De esta manera, el presente libro surgió a raíz de un interés compartido en conocer más sobre las mujeres afrodescendientes de Colombia, en ayudar a visibilizar sus experiencias e historias, y en comprender cómo defienden sus territorios y contribuyen a la construcción de la paz. Estos planteamientos se resumieron en una propuesta de investigación que recibió el generoso financiamiento de la Fundación WWB Colombia. Además, la Maestría en Estudios Sociales y Políticos de la Universidad Icesi y su respectivo comité de ética dieron su aval al proyecto. Asimismo, recibimos el valioso apoyo del Centro de Estudios Afrodiaspóricos (CEAF), bajo la dirección de la doctora Melissa Gómez Hernández. El CEAF desempeñó un papel crucial al facilitar el puente de relacionamiento con la Asociación de Mujeres Afrodescendientes de Yolombó (ASOMUAFROYO), quienes son las protagonistas de esta historia.

ASOMUAFROYO, coautoras de este libro, somos una asociación conformada por mujeres afrodescendientes rurales de Yolombó y otras comunidades del Norte del Cauca. Somos madres, hijas, abuelas, amigas, primas y hermanas. Realizamos una variedad de actividades, que incluyen principalmente la minería, la pesca y la agricultura tradicional. Además, algunas de nosotras también trabajamos en oficios domésticos -principalmente en Suárez y en Cali- y en plantas de procesamiento de alimentos, además de dedicarnos al cuidado de nuestros hogares. Nuestro vínculo con el territorio, la familia de sangre y la familia extensa -es decir, nuestra comunidad-, es profundo y arraigado.

A lo largo de nuestra historia, hemos tenido que movilizarnos en múltiples ocasiones en defensa del río, la montaña, el territorio y la vida. Hemos vivenciado los estragos y el dolor del desplazamiento forzoso, el conflicto armado, el olvido del Estado colombiano,



el racismo, la desigualdad de género y los efectos nocivos de los proyectos de «desarrollo». Somos defensoras de la vida en todas sus formas y herederas de la sabiduría transmitida por nuestros ancestros y ancestras, muchos de los cuales vivieron en condición de esclavitud. Por eso, cuando Manuela y Juan nos invitaron a ser parte de este proyecto, que busca plasmar nuestros conocimientos, memorias, experiencias de vida, legado de resistencia y amor por el territorio, les dimos la bienvenida a nuestra querida Yolombó.

El proyecto contó con el apoyo del programa de Jóvenes Constructores de Paz en América Latina y el Caribe de la Alianza de Civilizaciones de las Naciones Unidas (UNAOC), así como de la Editorial Icesi, liderada por Adolfo Abadía. También contamos con la colaboración de Karime Rios Piedrahita, quien se desempeñó como correctora de estilo del libro, de Miguel Romero, el fotógrafo, de Hanna Ramírez, la ilustradora de la portada, y de Paula Andrea Urrego, la diagramadora.

En el marco del proyecto, Manuela, ASOMUAFROYO y Juan tuvimos cuatro encuentros presenciales en Yolombó, entre los meses de marzo y julio de 2022. Desde ahí tuvimos la oportunidad de reflexionar sobre el Norte del Cauca y Yolombó. Por medio de diálogos colectivos y preguntas guiadas, abordamos las distintas temáticas que recoge el libro. Mantuvimos conversaciones y reuniones adicionales mediante plataformas como WhatsApp y Google Meet, lo que nos permitió tomar decisiones importantes acerca del libro en conjunto, como la elección de la portada, el título y las imágenes que lo enriquecerían. Además, acordamos utilizar una narrativa que resaltara los sentires de las protagonistas en el libro, diera visibilidad a sus voces y preservara sus propias formas de expresión y relato.

La propuesta metodológica de este libro se basa en los relatos de las lideresas de ASOMUAFROYO y se complementa con reflexiones conjuntas y aportes teóricos elaborados en el campo de las Ciencias Sociales, así como con contribuciones de algunas Organizaciones no Gubernamentales (ONG) e instituciones del Estado.

Este libro surge con el propósito de dar cuenta de los conflictos socioambientales que ha afrontado la comunidad de Yolombó y



cómo las lideresas afrodescendientes de la comunidad contribuyen a la construcción de paz mientras protegen el medio ambiente. Nuestra intención es crear un espacio para preservar algunas de las memorias de ASOMUAFROYO y del territorio, especialmente aquellas marcadas por la resistencia. Queremos brindarle la oportunidad a los niños, niñas, adolescentes y jóvenes de Yolombó, los «renacientes», junto con toda la comunidad, de recordar por siempre la valentía, el amor y la sabiduría ancestral que han guiado el accionar de la comunidad en tiempos de adversidad, inspirándoles a forjar futuros aún más brillantes.

Por otro lado, nos interesa brindarle la oportunidad a la persona lectora de comprender de manera vívida lo que implica ser una lideresa afrodescendiente en el Norte del Cauca. A través de estos relatos y reflexiones, buscamos que puedan interiorizar lo que significa honrar a los ancestros y las ancestras, vivir sabroso, disfrutar de una familia extensa, habitar el territorio en armonía, respetar las diversas formas de vida, concebir al río como un padre o una madre y construir paz desde la cotidianidad. Nos interesa que ustedes, las personas lectoras, sean testigos de algunos de los impactos desgarradores del conflicto armado, la violencia, la injusticia, el extractivismo, el dolor, el racismo, la desigualdad de género, la exclusión y el olvido del Estado. Además, deseamos que puedan concebir lo que significa resistir, re-existir, perdonar, sanar, amar y vivir en comunidad.

Con todo eso, esperamos que las reflexiones realizadas en torno a estas vivencias permitan pensar en formas alternativas de construir paz desde una perspectiva étnica y de género de manera simultánea. Además, deseamos que este aporte contribuya a entender cómo el racismo, la desigualdad de género, el extractivismo y el conflicto armado configuran formas específicas de opresión y violencia hacia las mujeres afrodescendientes. Finalmente, aspiramos que el libro aporte significativamente a la reconstrucción de la memoria colectiva de las comunidades afrodescendientes del país y visibilice las angustiantes experiencias de vida de los liderazgos sociales y ambientales étnicos en Colombia, contribuyendo al fortalecimiento del tejido social y la protección del medio ambiente en el Norte del Cauca.



El libro se divide en varios apartados en los que se narran los encuentros, diálogos y reflexiones compartidas. En el primer apartado, «Yolombó: un territorio de resistencia afrodescendiente», se hace un recuento de la llegada de las comunidades afrodescendientes a Yolombó. En la segunda sección, «Bateas, tarrayas y azadón: medios de subsistencia y resistencia», se exploran algunos de los diferentes oficios tradicionales desempeñados por las mujeres de la comunidad para sobrevivir. El tercer apartado, «De la posibilidad de volver al río a tener un trabajo digno: las múltiples concepciones de paz», aborda las diversas definiciones y perspectivas de paz de las lideresas. En la cuarta sección, «Resistir para re-existir», se narran algunos de los conflictos socioambientales y las experiencias vividas por la comunidad en la defensa del territorio. Finalmente, en «Vivir sabroso en la Yolombó soñada», se ahonda en cómo las mujeres de Yolombó se visualizan a sí mismas y al territorio en un futuro. Sin más preámbulo, empecemos.

**Manuela Triviño Monar**

**Asociación de Mujeres  
Afrodescendientes de Yolombó  
(ASOMUAFROYO)**

**Juan Camilo Montoya Díaz**



*Yolombó:*  
un territorio de resistencia  
afrodescendiente



El departamento del Cauca es una región de riqueza única. Este departamento, con una población de cerca de 1 243 503 personas, se caracteriza por ser uno de los que cuenta con mayor diversidad étnica-racial en el país. Se estima que aproximadamente el 16.2% de la población se autoidentifica como indígena, y el 8.2% se reconoce como afrodescendiente, raizal y/o palenquera<sup>2 y 13</sup>. Además de su diversidad humana, el Cauca se destaca por su posición estratégica y sus características climáticas, geográficas y ambientales que propician la vida.

Estas características han atraído la atención de diversos actores, tanto armados como no armados, legales e ilegales, que ven en este territorio oportunidades para el enriquecimiento económico. Entre estos actores se encuentran grupos guerrilleros y paramilitares, como las Autodefensas Gaitanistas de Colombia (AUG), disidencias de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP), el Ejército de Liberación Nacional (ELN), las Águilas Negras, los Rastrojos, así como el Ejército y empresas nacionales y multinacionales. Todos ellos poseen intereses económicos y/o políticos en la tierra, ya sea para la siembra de coca, marihuana o caña, la explotación aurífera, la ganadería y la tala de árboles, entre otras actividades extractivas.

Estas prácticas económicas, debido a su magnitud y al contexto de ilegalidad e irregularidad en el que a menudo se desarrollan, tienen un impacto negativo en el medio ambiente y en las comunidades que habitan en estos territorios. Un estudio reciente realizado en La Toma y Yolombó, territorios afrodescendientes, reveló niveles alarmantes de mercurio en las fuentes de agua destinadas al consumo humano, resultado de la minería ilegal que se practica en la zona<sup>14</sup>. Agregado a ello, la aspersión aérea con glifosato en Colombia como parte de los programas de erradicación de coca ha tenido un impacto negativo en la salud humana, el medio ambiente y los cultivos destinados al consumo, lo que ha llevado al desplazamiento forzoso de las comunidades rurales del país<sup>15</sup>.

Además, la expansión de los cultivos de caña de azúcar en el Cauca y el Valle del Cauca ha generado problemas para las poblaciones afrodescendientes e indígenas de la región. Estos cultivos han causado daños a los cultivos tradicionales debido al uso de agroquímicos y a las inundaciones derivadas de los cambios en los



sistemas productivos. También han contribuido a la desmotivación de las nuevas generaciones para trabajar en el campo y han promovido una cultura de dinero rápido en las comunidades<sup>16</sup>. Estas dinámicas resultan en desplazamientos, cambios en la forma de vida, confinamiento espacial, pérdida de costumbres y tradiciones y problemas de seguridad alimentaria, entre otros desafíos que afectan a los grupos étnicos.

La disputa por el territorio ha generado altos índices de violencia en el departamento del Cauca. Por ejemplo, la tasa de homicidios en este departamento es de 50.6 personas por cada 100 000 habitantes, casi el doble del promedio nacional, que es de 26,4<sup>17</sup>. De hecho, el Cauca, junto con Norte de Santander y Nariño, es escenario de aproximadamente el 62 % de las masacres en Colombia. Como resultado del mantenimiento de las estructuras de desigualdad social, se ha producido la normalización y el aumento de formas específicas de violencia dirigidas hacia las comunidades afrodescendientes y las mujeres rurales en el país.

Un ejemplo de esta desigualdad es que, a pesar de que las estadísticas censales indican que las personas afrodescendientes representan solo el 5,9 % de la población total en Colombia, constituyen al menos el 12,7 % de las víctimas del conflicto armado<sup>2y18</sup>. Además, las comunidades afrodescendientes en Colombia son las más afectadas por el desplazamiento forzado, un fenómeno que prolonga su experiencia de exilio desde África, como reflexionan las intelectuales Aurora Vergara Figueroa<sup>19</sup> y Libia Díaz-Ulabares<sup>20</sup>. Este destierro continúa en la actualidad, ya que las comunidades afrodescendientes se enfrentan repetidamente a estas dinámicas, como se explorará a lo largo del libro. Agregado a lo anterior, en el contexto del conflicto armado, las comunidades afrodescendientes experimentan diversas formas específicas de violencia, tanto psicológica como física<sup>21</sup>. Las mujeres, en particular las afrodescendientes e indígenas, son las más afectadas y desproporcionadamente desplazadas en Colombia<sup>22 y 23</sup>.

A pesar de que las comunidades que habitan el Cauca han sufrido las consecuencias de la disputa por la tierra, este departamento históricamente se ha caracterizado por la fortaleza y resistencia de sus pueblos étnicos. Allí han surgido numerosos liderazgos sociales y ambientales que han luchado por los derechos de los



pueblos afrodescendientes e indígenas, así como por la protección de la vida, el medio ambiente y el territorio. Ejemplos de esto son el Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC), la Asociación de Mujeres Afrodescendientes del Norte del Cauca (ASOM) y, por supuesto, ASOMUAFROYO. Sin embargo, las acciones de denuncia de las violaciones de derechos humanos y la degradación del medio ambiente por parte de estos líderes y lideresas no son bien recibidas por los actores involucrados en la disputa por el territorio, ya que van en contravía de sus intereses económicos y políticos. De ahí que el Cauca sea el departamento con el mayor número de agresiones a liderazgos comunitarios en el país y el segundo en asesinatos de líderes y lideresas comunitarias<sup>24</sup>.

En este contexto, ASOMUAFROYO fue fundada en el año 2008. Según relata Dancy Adriana Mina López, quien ejerce como representante legal de la Asociación, su creación respondió a la urgente necesidad de fortalecer los lazos comunitarios en Yolombó, ya que muchas mujeres de la comunidad se veían forzadas a abandonar su territorio debido a la falta de oportunidades de empleo digno y a las experiencias de inseguridad. Algunas de ellas se trasladaban a ciudades como Cali para desempeñar trabajos domésticos, donde se enfrentaban a tratos degradantes en sus lugares de empleo y a una ciudad que las excluía y las exponía a nuevas formas de violencia. A pesar de las adversidades, lo que más les pesaba del destierro era tener que distanciarse de sus hijos e hijas, de su comunidad y de la tierra que las vio crecer. Esta situación persiste en la actualidad.

En sus inicios, la Asociación comenzó como una juntanza de personas trabajando en una parcela comunitaria en la vereda Yolombó. En este lugar, las mujeres, y algunos hombres, se dedicaban a la siembra de plátanos, hortalizas y cítricos. Con el tiempo, el 8 de junio de 2010, formalizaron su existencia como Asociación. A partir de ese momento, buscaron estrategias para desarrollar proyectos productivos, para la formación educativa y el fortalecimiento personal, y para la defensa de su territorio y la construcción de la paz. Desde entonces, la Asociación ha promovido el concepto de «vivir sabroso» dentro del territorio, entendido como la posibilidad de disfrutar de la vida con alegría, resiliencia y conexión con sus raíces a pesar de las adversidades, realizando prácticas cotidianas, tales como ir al río, cultivar los



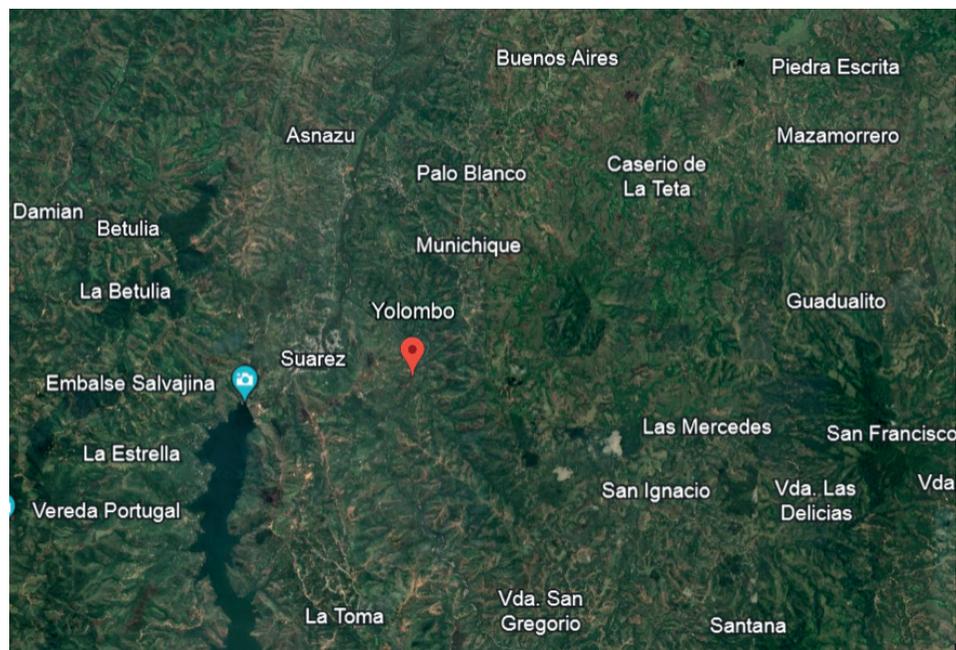
propios alimentos y vivir en comunidad, entre otras acciones. Estas actividades permiten a las comunidades afrodescendientes resistir a la violencia y crear espacios para vivir y re-existir de acuerdo con sus propias concepciones<sup>25</sup> de lo que es vivir en plenitud.

Asimismo, desde ASOMUAFROYO se ha trabajado activamente por la visibilización y el reconocimiento de los derechos de las mujeres afrodescendientes, la defensa y permanencia en el territorio y el cuidado de la infancia. Como lo menciona María Claudia Trujillo Balanta, una lideresa de la Asociación, «para nosotras el territorio es la vida misma, y como cuidamos nuestra vida pues así mismo cuidamos del territorio». Entre los diversos hitos de la organización, resalta La Movilización de Mujeres Afrodescendientes por el Cuidado de la Vida y los Territorios Ancestrales en 2014. A través de esta movilización, se denunció ante el gobierno la situación de minería ilegal, conflicto armado y desplazamiento que ha afectado al Norte del Cauca. Este esfuerzo condujo a que una de las voceras de la movilización, fuera galardonada con el Premio Ambiental Goldman en 2018.

Como se mencionó con anterioridad, ASOMUAFROYO fue fundada por la comunidad de Yolombó, una vereda que forma parte del corregimiento de La Toma, ubicado en el municipio de Suárez, al norte del departamento del Cauca. Llegar a Yolombó desde Cali en carro particular toma alrededor de 1 hora y 40 minutos. La ruta más rápida y directa consiste en tomar la salida sur de la ciudad, por la vía Panamericana, y continuar en línea recta. Una vez fuera de la ciudad, el hollín de los carros y la densidad de las edificaciones urbanas gradualmente se transforman en campos de caña de azúcar y pequeñas áreas boscosas. A lo largo del camino, se atraviesan localidades como Jamundí y Guachinte. Desde ese punto, la carretera se vuelve más sinuosa y se adentra en un entorno boscoso, con viviendas rurales dispersas. Durante el recorrido, se pasa por localidades como Robles y Timba, marcando la entrada al departamento del Cauca. Continuando por la carretera, se pueden apreciar segmentos donde se divisa el río Cauca. Posteriormente, se atraviesa Asnazú y finalmente se llega a Suárez, donde se tienen dos opciones para llegar a Yolombó: tomar el primer puente que cruza el río Cauca o tomar una ruta alterna a través de una carretera sin pavimentar.



**Figura 1.** Ubicación de Yolombó en el departamento del Cauca.



**Fuente:** Google earth (2023).

Yolombó se encuentra ubicada entre los ríos Cauca y Ovejas. Al llegar a la vereda, se puede observar que está dividida por una carretera. En el lado izquierdo de la avenida principal, se encuentra una casa con techo de zinc y una estructura construida con tablas de colores naranja y negro dispuestas de forma vertical. Luego se observan una vivienda de ladrillo, una casa que también funciona como tienda, una cancha de concreto y, por último, una ladera. Detrás de estas casas, en la pendiente de la montaña, entre árboles y densa vegetación, se pueden apreciar una escuela y más viviendas, algunas de ladrillo y otras de madera, en su mayoría con techos de zinc. Un rasgo común en estas viviendas es la presencia de grandes recipientes para el almacenamiento de agua de lluvia. En el lado derecho de la carretera se observa una montaña que, si se sube a pie, conduce a otras casas que también forman parte de Yolombó. Desde ahí arriba es posible contemplar el río Ovejas en la distancia y toda la comunidad.



La carretera es el principal punto de tránsito para la comunidad de Yolombó, así como para aquellas personas que provienen de veredas y municipios cercanos. Las personas se desplazan por esta vía de diversas maneras, ya sea caminando, en bicicleta, en moto o, en menor medida, en automóvil. Los camiones y las tractomulas abundan, aunque sus conductores poco interactúan con los residentes locales. Independiente de su medio de transporte, quienes pasan por la carretera, y son de la zona, saludan afablemente a las personas con las que se cruzan en su andar. Algunos se dirigen hacia Suárez y otras localidades vecinas para asistir a la escuela, el trabajo o realizar las compras del hogar.

Una característica interesante de este territorio es que es habitual ver a mujeres caminando con baldes y bateas en las manos, vistiendo botas y, a menudo, con barro en sus ropas. La mayoría de los habitantes de la zona son de ascendencia africana, lo cual es una característica común en Suárez y sus alrededores.

Como lo narra Maria Orlenci Caicedo Balanta, lideresa de ASOMUAFROYO, las primeras poblaciones llegaron a lo que hoy conocemos como Yolombó en el año 1536. La historia de estos primeros habitantes, de ascendencia africana, estuvo marcada por el destierro, la violencia y la lucha por la supervivencia. Desde finales del siglo XVI, alrededor de 9 180 918 personas fueron desterradas desde África y posteriormente sometidas al yugo de la esclavitud en América<sup>26</sup>.

  
*Maria  
Orlenci*



Algunas de ellas arribaron al puerto de Cartagena y desde allí fueron trasladadas a distritos mineros y obligadas a trabajar en haciendas y en labores domésticas en lo que hoy son Caloto, Santander de Quilichao y Quinamayó<sup>27</sup>. En estos lugares, el destierro continuó, ya que las familias eran frecuentemente separadas debido a la venta de sus integrantes o a otras decisiones arbitrarias de los esclavizadores. A pesar de las dificultades, a lo largo del tiempo lograron obtener su libertad y establecer comunidades en diversas zonas del departamento del Cauca. Inicialmente, los primeros habitantes de Yolombó se establecieron en las orillas del río Ovejas.

Como lo narra Dancy,

En estas tierras abajo, había una de las minas de los esclavistas, fue una mina que se llamaba Pandiguando, una de las minas más ricas. Entonces inclusive nos han contado que por aquí caminó Simón Bolívar, que por aquí pasaron. Entonces estos territorios pues se logran todavía ver donde hay como todos esos canalones bien grandes donde pues hubo esas minas. Ejemplo aquí donde vamos a hacer el centro de innovación, donde se ven como todos esos picos, eso es de todo lo que quedó de las minas que hubieron de la gente que trabajaron anteriormente, de [las personas esclavizadas].

[...] Yo tengo entendido que por eso es que dicen lo de los apellidos, que hay [personas con el mismo apellido] aquí, allá, allá y allá, porque lo que a mí me contaban era que ejemplo ahí cuando se



→  
*Dancy*



habla lo del cimarronaje, que algunos [esclavizados se liberaron]. Ejemplo, decían que había una mujer [y] tenía varios hijos, ¿no? Entonces a ellos no los dejaban todos en el mismo territorio, sino que bueno, unos pa' un lado, otros pa' otro lado, otros pa' otro lado. Entonces, ejemplo hay un Mina aquí y hay un Mina allá en Puerto Tejada, y a veces decimos que no son de los mismos, pero al final sí son de los mismos, sino que en esos tiempos que se iba la familia se iban sectorizando. Pero igual lo que yo sé es que la misma gente que llegaron aquí pues fue de esa gente que se pudieron ir liberando del yugo de los esclavistas, se fueron liberando y pudieron hacer sus propios territorios.

[Yolombó] primero estaba ubicada en las riberas del río, que es donde tenemos el cementerio actualmente, porque pues nosotros, las comunidades negras, casi siempre hemos vivido en las riberas de los ríos. Cuentan que [la vereda] primero se llamaba Gelima, que había una iglesia, un mercado, y que ese cementerio que tenemos ahí es un cementerio de muchos, muchos años, porque no había cementerio ni en Suárez. Que la gente de Suárez la enterraban acá, la gente de Buenos Aires la venían a enterrar acá, entonces es un cementerio super viejísimo, de muchos años.

Una vez establecida en la ladera del río, la comunidad se vio obligada a desplazarse nuevamente. La construcción de una vía férrea afectó el suelo de su asentamiento, por lo que tuvieron que reubicarse en una loma que luego fue atravesada por la vía que actualmente conecta Suárez con Morales. Esto les llevó a reasentarse nuevamente, esta vez en lo que hoy conocemos como Yolombó. Entre las personas fundadoras de Yolombó se encuentran las familias de apellidos Mina, Balanta, Viveros y Márquez. Así lo cuenta Dancy:

Dicen que cuando se empezó a hacer la vía férrea entonces el terreno empezó a ceder y entonces se fue acabando todo lo que había [las casas de la comunidad]. Todo lo que había se fue terminando. Y ahí fue que algunos de nuestros ancestros empezaron a buscar [donde asentarse] acá arriba de la loma, en la colina, y entonces fue que ya se fue haciendo acá la vereda de



Yolombó, pero que cuando ellos se subieron a vivir acá a la loma se llamaba el kilómetro 243, porque [antes] todo era Gelima, que primero le decían Monte Redondo, no en sí Gelima, sino que le decían Monte Redondo, y aún a veces cuando uno va a buscar [la]ubicación de los territorios [en los GPS] aparece monte redondo.

Entonces pues los primeros que yo me recuerdo que como las casas más antiguas de aquí de la vereda de Yolombó pues era la casa de Andrés Mina, mi papá, la casa de Valeriano, la casa del señor Simón Balanta, de un señor que se llamaba Ricardo Balanta, también otro señor que llamaba Nicolás Viveros y Paulo Balanta y Alcibiades Márquez y Martiniano Márquez. Son como las casas más antiguas que yo conozco aquí, pues desde que yo puedo recordar.

El nombre de la vereda, Yolombó, se estableció oficialmente en 1979. La inspiración provino de la telenovela ‘La Marquesa de Yolombó’, una adaptación cinematográfica de finales de los setenta de la célebre novela del escritor Tomás Carrasquilla. La trama de esta obra se desarrolla en otra Yolombó, en Antioquia, durante la Colombia colonial del siglo XIX, una época en la que las mujeres eran relegadas a las labores de cuidado y crianza de sus hijos e hijas, y las personas africanas eran esclavizadas y comercializadas en todo el país<sup>28</sup>. En la novela, se narra la historia de Doña Bárbara Caballero y Alzate, una lideresa hija de aristócratas mineros que se opuso valientemente al sistema de desigualdad de género y a la esclavitud de su época. El libro relata cómo la protagonista trabajó en las minas de Yolombó junto a la población esclavizada, donde logró ahorrar dinero para financiar obras sociales. Además, se encargó de administrar escuelas y finalmente fue reconocida con el título de Marquesa. ¿Quién podría haber imaginado que la historia se repetiría, pero esta vez narrada siglos después desde las voces de las mujeres afrodescendientes que continuaron resistiendo desde las minas de otra Yolombó, la Yolombó del Cauca?

Dancy recuerda que

Esta escuela [de Yolombó] tampoco existía aquí, aquí en esta vereda no había escuela, no había nada. Todos



nosotros teníamos que ir [a estudiar] a la vereda vecina, que es Gelima. [...] Cuando se empieza esta carretera que está hoy en día, que era una carretera destapada, como en 1979, sí, 79, que se empieza esta carretera, entonces las personas que iniciaban a hacer la vía hicieron un campamento aquí cerquita, un campamento pues de tabla [...] y cuando ellos están ahí en ese campamento ellos le colocan un nombre. En ese tiempo estaba saliendo una novela que se llamaba La Marquesa de Yolombó, entonces pusieron en una tabla ese nombre en el campamento y ahí fue que ya quedó ese nombre. Cuando ellos ya se van dejan ese campamento ahí de tabla, lo dejan como escuela. Ahí fue que fue la primera escuelita, que recuerdo que nosotras iniciamos ahí, pues iniciando en esa escuela, y la primera profesora que llegó ahí a esa escuela se llamaba Lina Congo, era una profesora de Suárez.

**Los ancestros y ancestras de Yolombó han luchado históricamente para asegurar su permanencia en el territorio. Incluso, en su nueva ubicación, los antepasados siguieron enfrentando dinámicas de destierro y opresión. Sin embargo, sus múltiples formas de resistencia les permitieron hacer frente al sistema racista.**

Como narra Dancy,

Cuando empezó este territorio pues igual todavía no estaba la carretera, era un solo territorio. Pues, no estaba dividido por esta carretera. Entonces pues lo que nos cuentan también –en ese tiempo nosotras no existíamos– que estas tierras pues fueron peleadas. Estas tierras fueron peleadas, fueron compradas, no fueron regaladas, porque muchos de nuestros papás, tíos, bueno, tuvieron que ir algunos hasta a la cárcel por este territorio. Entonces pues como siempre han existido los terratenientes, gente que quiere tener mucha tierra, entonces había un señor que quería todas estas tierras para él en este territorio de acá de nosotros. Entonces nuestros papás [contaban] que ellos iban y hacían el cerco [para delimitar el territorio] y al otro los de allá [los terratenientes] lo quitaban; como uno cercaba, el otro iba y lo quitaba. Entonces eso fue un pleito de muchos años hasta



que pues el pleito se dio que muchos [de los habitantes de Yolombó] se fueron para la cárcel.

Es importante destacar que desde el inicio de la historia del territorio, las mujeres afrodescendientes han desempeñado un papel fundamental en la preservación del territorio y en la protección de la comunidad. Maria Lucrecia Balanta recuerda que «cuando nuestros ancestros, nuestros abuelos fueron a la cárcel, que las mujeres tenían que trabajar muy duro para irlos como [a] sacar o ayudarlos ahí para poder salir de la cárcel». De hecho, Katherine Balanta agrega que:

Las personas que fueron a Popayán, a la cárcel, las esposas subían allá al cerro de la Pamba a cortar paja y a vender [la paja] pa' mandarle la plata a los abogados de Popayán para que liberaran a nuestros padres, porque esos eran los padres de nosotros que estaban allá en la cárcel. Y allá [las mujeres] vendían gallinas, en ese tiempo criaban muchas gallinas, y vendían las gallinas para mandarle plata al abogado para que sacaran a nuestros padres allá, pa' liberarlos pa' venir a agarrar las tierras. Entonces esto no está aquí que regalado, no, y por eso nosotros venimos con la lucha de nuestros ancestros, nuestros padres. Ya ellos fallecieron la mayoría. Le estamos inculcando a nuestros hijos y a nuestros nietos que esto no ha sido fácil para nosotros.

De acuerdo con Dancy, «al final la tierra que logró quedar de acá de nuestros familiares pues fue repartida, no muy equitativamente, pero fue repartida. A cada uno de la familia le fueron dando un pedazo, entonces así fue que surgieron estas tierras». Pero nada de ello hubiese sido posible sin los fuertes lazos comunitarios que les ha caracterizado como comunidad. Así lo recuerda Maria Orlenci:

Los adultos o nuestros abuelos y padres antes hacían juntanza, entonces para ellos era más fuerte estar que cuando tenían que solucionar un problema o solucionar algo ellos se juntaban y de ahí era más fácil para ellos poder solucionar los problemas, y eso aquí en nuestra vereda lo hemos venido haciendo, porque de igual manera debemos seguir el liderazgo que tenían nuestros ancestros y nuestras ancestras.



A lo largo de la historia, Yolombó ha sido testigo de la firme resistencia y la unión de su comunidad. Estos elementos han sido pilares fundamentales que han sustentado la supervivencia y la identidad de esta población en medio de siglos de desafíos. Desde los oscuros días de la esclavitud, cuando sus antepasados fueron arrancados de África y sometidos a condiciones inhumanas, hasta los tiempos modernos marcados por el destierro y el racismo, la comunidad de Yolombó ha demostrado gran determinación para preservar su legado y arraigo en el territorio.

En este relato de resistencia, es imposible pasar por alto el papel crucial que desempeñaron las mujeres afrodescendientes. Especialmente, cuando sus antepasados fueron encarcelados injustamente, estas mujeres se convirtieron en los principales pilares de Yolombó. Trabajaron incansablemente para rescatar a sus seres queridos de las cárceles y para apoyar a sus familias en momentos de adversidad. Su contribución no solo se limitó a la lucha por la libertad, sino que también se extendió a la construcción de una comunidad sólida y cohesionada.

Desde los tiempos en que se fundó Yolombó, la comunidad ha realizado esfuerzos continuos por mantener viva su cultura y tradiciones, donde la resistencia y la unión han sido la columna vertebral de su historia. Estos elementos han permitido que esta comunidad enfrente y supere las vicisitudes de la historia, manteniendo su legado y su identidad enraizados en el territorio.





El Territorio  
es la vida y la vida  
se come y se disfruta

No se vende

Paulina  
Zalatorre

A

Maria  
y  
9

Dancy

# *Bateas, Tarrayas y azadón:* los medios de subsistencia y resistencia

Como se mencionó previamente, Yolombó tiene una historia profundamente ligada a la minería. El territorio, rico en minerales, y la historia de esclavitud de la comunidad han contribuido a que la extracción artesanal de oro sea una de las principales fuentes de subsistencia de su población. De ahí que el conocimiento de la minería se continuara transmitiendo de generación en generación. Sin embargo, es esencial destacar que la minería tiene un significado que trasciende lo puramente económico para estas comunidades. Representa un estilo de vida, una forma de reconectar con sus raíces, un lazo estrecho con el territorio y un pilar para la construcción de la comunidad. Estos elementos han desempeñado un papel fundamental en la resistencia a un sistema de desigualdades. Así lo narra Dancy:

Entonces se iba al río, se hacía una especie que la llamábamos vetas [descubrir concentraciones de oro], unas vetas comunitarias donde llegaba la gente de Munchique, de Buenos Aires, de Suárez, bueno, de Portugal, de todos los lados ahí en esas vetas, unas vetas muy grandes, y en esas vetas ahí uno se relacionaba mucho con las personas, porque uno se conocía con la gente de las veredas vecinas. Llegaban acá a trabajar en el río Ovejas, y era algo que pues hoy en día se ha ido como perdiendo toda esa relación con los vecinos de otras veredas, y era como algo muy bonito porque eso integraba a la comunidad. Ejemplo, en el río cada quien llevaba su ollita, se hacía la comida allá en el mismo río, [y] el uno le daba al otro, se cambiaban comida, entonces era algo muy bonito. Y lo otro era que cuando se trabajaba en el río si usted no estaba cogiendo oro y el otro estaba cogiendo entonces le decía «ve vení, hacete donde estoy yo, sacate tus dos, tres baldados [de tierra con oro]», entonces uno no se venía, como dicen, en blanco



[sin oro], entonces era un trabajo chévere. Había ejemplo donde uno echaba la tierra, uno sacaba la tierra de aquí de la tonga y se hacía que uno iba a limpiar entonces uno le decía al tierrero de donde sacaba la tierra de la veta y la iba a echar al tierrero. Ejemplo, primero uno lavaba la tierra a pura batea. Después ya con el tiempo ya no se lavaba ya en batea sino que se hicieron una especie de cajones en madera y se le pusieron unos costales y eso ya se llamaba el laberinto. Entonces poco a poco han ido cambiando un poquito la manera de trabajar.

**Además, las lideresas recuerdan que sus ancestros y ancestras desarrollaron diversas maneras de hacer minería de forma comunitaria. Dora Cely Márquez Trujillo recuerda que:**

Antes, cuando se trabajaba en las vetas, había demasiada agua. Era normal, se hacían las vetas, no se usaban motobombas para achicar [secar] los pozos, y antes con las mismas bateas con que se lavaba la tierra esas mismas bateas servían para achicar el pozo, pero a la hora que se decía que vamos a trabajar [...] [hacíamos] un desmonte. Desmonte era botar la tierra que no tenía [oro] hasta conseguir el mineral que sí tenía. La gente a veces echaba una semana o más haciendo ese desmonte para poder conseguir así fueran dos metros que se consiguieran del mineral. Entonces la gente sacaba todo ese tiempo para poder lograr eso, y no era que no, que vamos a perder tiempo, como se hace ahora, que dicen «hay que conseguir una máquina para poder hacer la banca, para botar la tierra», sino que a pica y pala y con la misma batea, porque ahora es que se consiguen tarros, porque antes no había tarros para manejarlo, sino que era a punta de batea. La batea era para todo. Eran almocafre, la barra y la pala, esas eran las tres herramientas que más se utilizaban.

Si no había cómo asentar las vetas se zambullía [meterse en el río y sacar oro sin ver]. Yo me acuerdo que había un señor del que yo aprendí muchas cosas porque siempre que él iba para la minería él me invitaba, y él llegaba y sacaba, corría piedras así con agua. No era que iba a estar





## Río Ovejas

el terreno seco ni nada, sino que de una vez así hubiera harta agua él decía «vamos a zambullir aquí», y él hacía como un fogón como en medio del agua, del río, y en ese fogón llegaba y ponía la batea y empezaba a excavar con la pala, así a oscuras, a ciegas, porque no vamos a decir que había que secar [la tierra] para poder meter la pala ni la barra. A ciegas sacaba y hacíamos señoras vetas ocultas. Yo le llamo vetas ocultas porque no sabíamos ni siquiera cómo estaban quedando, mientras que se hacían derrumbes en esas vetas. Pero fue una cosa increíble. Por eso se dice «vamos a buscar oro», porque nosotros no sabíamos ni siquiera qué es lo que había ahí. Después de que usted dijera «en ese terreno allá debe estar sano», sano es que pues no había ninguna veta ahí, y llegaba y no importaba de quién fuera el terreno [porque era una sola comunidad]. [...] Y después que se cogiera oro entonces ahí mismo al dueño del terreno se le aportaba



algo, [se le decía] «venga que en tal parte en su terreno ya sabemos que hay oro y vamos a trabajar». Como decía la compañera, había gente que venía de diferentes partes, y eso era entablando una relación.

Por su parte, Maria Orlenci cuenta acerca del trabajo comunitario que hacían en la comunidad cuando construían las «tapas»:

También nos íbamos para el río y hacíamos las famosas tapas, que también están diciendo las compañeras. Cargábamos la tierra en costales en el hombro o hacíamos unas cadenas entre toda la gente e íbamos pasando el balde para que la tierra llegara allá. A veces se nos iba un mes, quince días haciendo esas tapas, pero era muy muy fructífero porque éramos en comunidad. Todos nos compartíamos las comidas, los almuerzos, y siempre aquí ha sido muy vivir sabroso, ¿no? Antes que esa frase llegara aquí nuestro territorio siempre ha sido así. Entonces ha sido muy maravilloso para nosotros.

Además, Dora Cely y Maria Aidé Balanta mencionan que la minería en el territorio ha sido un trabajo que han hecho hombres y mujeres. Si bien en un principio existía una división de género en las actividades mineras, ello ha desaparecido con el tiempo:

Pues las vetas han sido mixtas, porque han habido hombres y mujeres, y los hombres eran los que llegaban a mover las piedras, y después de que ellos movieran las piedras ya entrábamos nosotras las mujeres, [aunque] ahora nos toca trabajar a todos parejo. Si toca a las mujeres mover piedra eso lo hacemos, y eso es una experiencia que hemos vivido.

*↙*  
**María Aidé**



Ustedes iban en parejo, llevaban la batea, la pala, que la malla uno también llevaba. Uno le pasaba a la pareja o el hombre le pasaba a uno de mujer, y uno lo echaba al cajón y ahí uno levantaba lo de su sustento.

Como se puede observar, la práctica minera ha desempeñado un papel crucial en la creación de diversas formas de cohesión comunitaria en Yolombó, donde el río ha tenido un rol central. Además de la minería, se han desarrollado otras actividades en las orillas del río, como la pesca. Lamentablemente, las lideresas también señalan que esta práctica se ha perdido en el territorio debido a la contaminación generada tanto por la minería ilegal de oro, que provoca alteraciones en el entorno del río y contamina las cuencas hídricas con cianuro y mercurio<sup>14</sup>, como por el uso irregular de agroquímicos tóxicos en los cultivos, lo que también afecta la calidad del agua. Esta problemática es narrada por Mery Yein Mina, Dancy, María Orlenci y Katherine:

Se encontraba muy fácil el oro en esos tiempos, pero también lo de la pesca, porque uno iba y uno encontraba debajo de las piedras encontraba roños [una especie de pez], era muy fácil. O sea, nunca se varaba la comida porque siempre había pescado en el río, no como en el tiempo de ahora.

También se hacían unas barbacoas [una herramienta artesanal de captura de peces sin anzuelo, solo con tallos de plantas entretejidos] en el río para pescar. El que no sabía atarrayar pues hacía sus barbacoas y también ahí se cogía los peces. Entonces era también una forma de cómo nuestros papás aportaban a la



Mery Yein

economía y a la alimentación a través de sus barbacoas. Nosotros nos íbamos a pescar desde las 12:00 de la noche hasta las 6:00 de la mañana, y era muy bueno. A veces uno no se le pegaba su comida porque de igual manera uno sembraba el palo de yuca, y uno pa' río se llevaba su yuca, y allá tenía el pescado, allá tenía el complemento prácticamente. Pero ahora no podemos hacer esa gracia. Ahora el río está muy contaminado y no podemos hacer esa gracia.

La pesca pues era fácil cuando se hacía ancestral, era fácil que los hombres se fueran a pescar y cogieran los peces para llevar el sustento a la casa. Pero ahora como estaban haciendo la minería ilegal quedaron como muchos pozos hondos, [lo que genera transformaciones en el hábitat de los peces], entonces ahora la gente ya no puede como llevar pescado para el sustento de la casa.

**Por otro lado, aunque previamente se destacó que la pesca tradicional era mayormente practicada por hombres, Maria Lucrecia señala que las mujeres también desempeñaban un papel activo en esta actividad:**

Antes también pues, nos contaron nuestras abuelas también que cuando ellas quedaban en embarazo se apoyaban mucho las unas a las otras, y que muchas veces les tocaba a ellas coger la tarraya para irse a pescar para llevarle a las mujeres que estaban paridas.

**También, como menciona Dancy, la agricultura tradicional ha sido una práctica arraigada en el territorio:**

Aquí desde hace tiempo se está haciendo la minería y también lo de la agricultura. Entonces ahorita llegó un tiempo en que más hacían la minería, pero en el tiempo que estaban nuestros papás ellos dedicaban su tiempo a la finca y también a la agricultura, así que no era que solo minería. Cada uno tenía su finca, una finca mixta que tenía café, plátano, bueno, de todo.

**Mery Yein y Maria Orlenci explican que en la actualidad se dedican a la agricultura, dividiendo su tiempo entre tres o cuatro días de la semana para trabajar en los cultivos y el resto para la minería artesanal:**

Por ejemplo, yo trabajo en Suárez, ¿no? No tengo que salir de aquí del territorio, y hay tierra. En este momento pues estoy, empecé a sembrar una era [parcela] donde uno puede pues tener sus propios alimentos.

Yolanda Chara Balanta menciona que actualmente la comunidad no solo cultiva alimentos para su propia subsistencia, sino que también ha comenzado a sembrar caña con fines comerciales.

También asomua froyo con asoyogé [Asociación Agroindustrial de Productores Agropecuarios y Mineros Afrodescendientes Yolombó Gelima] han salido nuestras mujeres de nuestro proyecto en caña, están sembrando también la caña. Y de igual manera yo soy una que trabaja en el trapiche, soy moldeadora, y pues le doy gracias a dios por eso, porque recibí mis capacitaciones y por algo que es aquí.

De hecho, la agricultura ha desempeñado un papel fundamental en la comunidad, y como se mencionó previamente, fue a través de esta actividad que nació la asociación que las agrupa, tal como relata Dancy:

La Asociación nació en conjunto cuando hicimos una parcela. Una parcela que teníamos allá como para juntarnos. Empezamos como a hacer una parcela grandísima, sembrando plátano, hortalizas y cítricos. Entonces cada ocho días íbamos a trabajar a esa parcela. Nos íbamos todos. Sacábamos jornada, por ejemplo, los lunes, y nos íbamos todos para esa parcela.

  
*Yolanda*



Esa idea de formar esta organización fue de Francia Márquez. Ella dijo «muchachas, hombre, nosotras», como decía ahorita, «nosotros por qué nos estamos yendo para Cali. Nos vamos la una, la otra, estamos dejando a nuestros hijos al pendiente de la familia, de otras personas. Nosotros por qué no nos juntamos y de ahí empezamos a buscar cómo hacer proyectos, cómo hacer cosas, pero entre nosotras acá», y de allí surgió la asociación.

Lo que destaca en las actividades económicas predominantes en Yolombó es su enfoque artesanal y ancestral, en contraste con los modelos de explotación a gran escala. Esta distinción es de gran importancia, ya que refleja una relación más equitativa y respetuosa entre la comunidad y su entorno, que engloba el río, la montaña y la biodiversidad presente en su territorio. En otras palabras, en Yolombó se tejen conexiones menos jerárquicas entre las personas y las demás formas de vida que comparten su entorno, fomentando una comprensión más profunda y una coexistencia más armoniosa con el territorio.

Esta forma de relación contrasta notablemente con la visión predominante que separa a los seres humanos del resto de la naturaleza, considerándola simplemente como un recurso explotable en lugar de reconocerla como una intrincada red interconectada de seres vivos. Esta perspectiva, que prevalece entre otros actores que compiten por la explotación del territorio y que en muchos casos son ajenos a la comunidad local, promueve relaciones jerárquicas que establecen una marcada división entre los seres humanos y el resto de las formas de vida que cohabitan en el Norte del Cauca. Desafortunadamente, tanto las comunidades afrodescendientes como las indígenas han sido testigos de cómo sus formas de entender y relacionarse con la vida han sido sistemáticamente silenciadas e invisibilizadas a través de la normalización del desplazamiento forzado, el asesinato y otras formas de violencia en su contra. Esto ha ocurrido tanto parte de actores armados, ya sean legales o ilegales, como del Estado y las empresas privadas, debido a que en muchos casos las perspectivas de las comunidades étnicas no coinciden con los modelos de pensamiento y los intereses económicos predominantes.



*De la posibilidad de  
volver al río a tener un  
Trabajo digno:*

las múltiples concepciones  
de paz



Las lideresas de Yolombó y sus antepasados han mantenido una larga lucha por permanecer en su comunidad, proteger el medio ambiente y vivir de acuerdo con su propia visión del mundo. Su principal objetivo ha sido lograr la paz en su territorio, pero ¿qué significa realmente la paz? Aunque existen diversas definiciones, investigadores como Fisas<sup>29</sup> proponen la paz como una cultura que promueve la convivencia pacífica y el respeto mutuo. Asimismo, expertos en construcción de paz, como Johan Galtung<sup>30</sup>, proponen que la paz no se limita a detener los conflictos o vivir en lugares tranquilos, sino que la paz también abarca la justicia social, la igualdad y el trabajar en comunidad. Independiente de la perspectiva, algo fundamental que se ha rastreado es que las mujeres, por sus contextos de vida, tienen un gran potencial para contribuir a la construcción de paz desde sus propias visiones<sup>31</sup>.

En este libro, se considera que la paz es subjetiva, depende de la percepción y experiencia de cada persona. En otras palabras, habrían tantas definiciones de paz como personas en el mundo. Para las lideresas de ASOMUAFROYO, la paz incluye defender el territorio, tener acceso a servicios básicos y empleos dignos, disfrutar de momentos en comunidad, mantener lazos fuertes con la familia extendida, la ausencia de guerra y el vivir sabroso.

Para Mery Yein,

Paz significa ese poder vivir en comunidad, poder disfrutar libremente del territorio, poder seguir juntándonos sin tener miedo. Ese poder ir a la finca, poder cosechar, poder sembrar sin sentir ese miedo, esa zozobra en nuestras espaldas de que algo puede pasar. De poder salir al río a divertirse, a minear, a buscar ese sustento sin que haya personas externas en nuestro territorio. Es poder compartir experiencias vividas, cuentos de nuestros mayores, hacer esas fogatas pues que ya no se hacen. Poder hacer esos bailes típicos de la comunidad que algunos ya no se hacen pues por cuestiones ajenas a nosotros. Pero eso es la paz, vivir tranquilos, vivir y disfrutar libremente de nuestro territorio.

Paz es levantarnos, mirar al río y que esté libre de extraños. Paz es estar con nuestros hijos, enseñarles nuestras costumbres,



enseñarles lo que nos enseñaron nuestros padres y transmitirles pues todas esas enseñanzas, esa sabiduría.

Para Dancy,

La paz es lo principal, [es poder] estar en mi territorio. Lo demás como que viene por añadidura. Para mí estar en mi territorio, yo poder estar con mi familia. No hablo de mi familia de sangre, sino de mi familia extensa. Porque yo a veces me voy un día a Cali y yo ya no estoy en paz, yo ya me siento como que no, no, no, la cabeza se me daña y me dan ganas de salir corriendo otra vez para acá, así esté con mi familia, así tenga comida y todo eso, pero no me siento bien allá. Entonces para mí la paz es yo poder estar en estos territorios, estar siempre en comunidad, poder seguir desarrollando todas estas actividades que siempre hacemos, juntarnos con las mujeres de ASOMUAFROYO y con otras mujeres. Y seguir viviendo sabroso, que no puede faltar esa frase. Y siempre estar cultivando, haciendo cosas con muchas personas. Para mí eso es la paz. Y siempre, siempre, lo primero es que el territorio esté bien. Ahí ya nosotras tendremos paz, pero cuando ya nos desplacen o que no tengamos el territorio ya la cosa va cambiando.

Cuando nosotras vivimos bien estamos ahí generando paz, porque si nosotras ejemplo no tenemos ejemplo el río, no tenemos nuestro territorio y nos tenemos que desplazar con nuestra familia a una ciudad ahí ya se nos acabó esa paz. Entonces cuando nosotros estamos muy bien en nuestro territorio, que tenemos nuestra tierra, nuestra familia, eh, nuestro pan de cada día, que tenemos nuestro plátano, todo nuestro sembrado, ahí estamos generando nuestra paz. Y pues si hay paz pues seguiremos acá viviendo sabroso, y como mujeres vamos a seguir fortaleciendo esa paz acá en nuestras comunidades.

Por su parte, María Claudia considera que

La paz es poder vivir en el territorio, es poder disfrutar de él. Es poder vivir sin miedo. Es poder que la mujer pueda vivir



libremente sin esos temores. Para mí la paz es vivir siempre en comunidad, como estar pendiente de qué le pasa al vecino. Vivir en paz también para mí es estar en armonía, tener esa tranquilidad, esa armonía que siempre hemos tenido con el río y la comunidad. Es vivir en paz con la naturaleza, que también hace parte de nuestro vivir sabroso, estar en armonía siempre con ella. Es poder compartir todos esos espacios de empoderamiento juvenil, de empoderamiento femenino. Es poder trabajar con los hombres y mujeres cogidos de la mano. Es poder estar siempre en juntanza y luchar por la permanencia en el territorio y defender la vida.

Por medio de algunos versos libres, Dora Cely comparte lo que para ella es paz:

En la comunidad de Yolombó trabajamos con bondad y gozo  
si no nos damos por vencidas vamos a vivir sabroso.

Vivir sabroso es lo que queremos  
y el territorio protegeremos  
para seguir resistiendo  
aquí nos quedaremos.

La permanencia en el territorio es tener paz y  
bienestar  
a las mujeres de ASOMUAFROYO no nos van a  
desplazar.

Desplazadas no queremos, nos  
enfrentamos con valentía  
la permanencia en el territorio es  
para toda una vida.



→  
*María  
Claudia*



Despertar en comunidad ha sido un sueño histórico el legado de los ancestros no puede seguir siendo simbólico.

A los niños y niñas les va a tocar muy duro si esto no lo paramos a tiempo ellos no tendrán futuro futuro para ellos es lo que buscamos.

Para otras lideresas, como Yerlin Márquez Chara, la paz está más centrada en la posibilidad de acceder a condiciones de trabajo digno:

Para mí la paz es que no solamente los jóvenes, sino todas las personas tengamos más oportunidades en la vida de superarnos y de creer que también nos podemos superar por sí mismos. De buscar oportunidades, que las personas podamos tener un trabajo estable y que un día nos levantemos y no digamos «para dónde vamos a coger», sino que vamos directo a donde vamos.

Mery Yein asocia la paz con el tipo de plantas que se siembran en el territorio. Para ella, los cultivos de uso ilícito alteran la armonía de la comunidad:

El río está contaminado por la minería ilegal, y ahora pues con todos estos químicos porque ha llegado estos cultivos [de coca]. Por ejemplo, yo le inculco mucho a mis hijos, yo les hablo bastante de los problemas pues que traen estos cultivos, de que si uno permite de pronto que se siembren eso en nuestras tierras ya no vamos a tener esa paz. Entonces para mí eso también es hacer resistencia, de uno enseñarles a los renacientes los problemas que eso trae.

Como lo sugieren las lideresas, la paz también es poder vivir sabroso, de forma tranquila y en comunidad, es poder habitar el río Ovejas y fortalecer los lazos comunitarios. En palabras de Luz Adriana Balanta «la paz es estar en familia, en comunidad y con una suficiente soberanía alimentaria en el territorio». Maria Orlenci considera que la paz «es desde mi hogar, [es] ser un ejemplo. Es el territorio y vivir en comunidad».

Para Yolanda, «la paz es que pueda levantarse uno y pueda mirar el paraíso que tenemos aquí en Yolombó. Y que uno pueda decir <hoy



no ha habido muerto». Para mí eso es la paz, que niños y niñas estén en la comunidad tranquilos y sin miedo a andar». En el mismo sentido, Mery Yein compartió su visión y, en su caso, su concepción de paz se asocia más a la libertad. Para ella, «La paz es que desde que me levanto pueda tener mis hijos conmigo, poder andar libre por mi territorio, que nadie nos imponga reglas de entradas y salidas del territorio. Para mí todo [eso] es paz, la libertad».

Dora Cely destaca el papel crucial de las mujeres en la construcción de la paz en el territorio, ya que son ellas quienes se encargan de mantener las relaciones de cuidado dentro de la comunidad. Como lo describe:

Nosotras las mujeres también somos generadoras de paz, porque nosotras nos levantamos, trabajamos para la comida de la familia y eso es tener paz. No únicamente las familias que tenemos en el hogar, sino la familia extensa, por lo que si yo tengo un plátano y usted no lo tiene yo se lo regalo, y así sucesivamente. Si hay un bocado de comida eso se le regala al que no lo tiene y eso es generar paz en comunidad. Con eso las personas si no tienen de dónde comer eso también genera conflicto, y nosotras las mujeres que mantenemos en el hogar, estamos generando paz por esa parte.

A lo largo de esta sección, se ha observado la riqueza de perspectivas compartidas por las lideresas de Yolombó en cuanto a lo que representa la paz en su contexto. Esta noción de paz abarca elementos fundamentales arraigados en su territorio, en su estilo de vida, en la preservación de su dignidad y en el sentido de comunidad. Para ellas, la paz no se limita únicamente a la ausencia de violencia o la posibilidad de vivir en tranquilidad en su territorio, incluye también la capacidad de disfrutar del río, de practicar la minería tradicional y de mantener vivas sus tradiciones ancestrales. Además, la paz significa contar con soberanía alimentaria, acceso a educación de calidad y la oportunidad de tener trabajos dignos. Estas diversas perspectivas reflejan no solo su anhelo de una vida pacífica y segura, sino también su profundo compromiso con la comunidad, la justicia social y la dignidad humana.



Esto implica que, para lograr la paz en Yolombó, es esencial que estas concepciones sobre la paz sean satisfechas. Así, la movilización comunitaria de ASOMUAFROYO adquiere otros matices en este contexto; se trata de una lucha por una perspectiva para entender la realidad. Las lideresas buscan que sus formas propias de ver, habitar y comprender el mundo sean respetadas y tenidas en cuenta en la reconfiguración del Estado colombiano. En el contexto de postacuerdo que atraviesa el país, es fundamental tomar medidas para garantizar la seguridad comunitaria, reducir la violencia y disminuir la presencia de actores armados en el territorio. Sumado a esto, resulta necesario que dichas acciones vayan acompañadas de garantías adicionales para toda la población y, en particular, para los grupos étnicos, que ofrezca garantías para que se les permita vivir de acuerdo con sus propias concepciones de lo que es vivir en paz y dignidad, pues es algo que va mucho más allá de poner fin al conflicto armado.

Abordar el desafío de armonizar las visiones de paz locales con las realidades nacionales es de vital importancia, tanto para las lideresas de Yolombó en su lucha por permanecer en el territorio como para el resto de la nación en la búsqueda de una Colombia genuinamente pacífica. Las lideresas ponen en evidencia que la paz no es un concepto estático, sino una construcción en constante evolución que se nutre de la diversidad de voces y experiencias. En este contexto, sus visiones de paz se erigen como un poderoso recordatorio de la importancia de respetar, valorar e incluir las diversas perspectivas sobre lo que significa vivir en paz y dignidad. Estas perspectivas enriquecen el tejido social de Colombia en su conjunto y contribuyen significativamente a una comprensión más integral de la paz, del país y de la vida misma, desempeñando un papel fundamental en la construcción de una nueva nación.

  
Yerlin



*Resisitir*  
para re-existir



En la actualidad, uno de los conflictos socioambientales más significativos que ha enfrentado ASOMUAFROYO se relaciona con la minería a gran escala, tanto legal como ilegal, que se ha llevado a cabo en sus territorios. Como se ha mencionado previamente, Yolombó y sus alrededores son conocidos por sus riquezas minerales, lo que ha atraído la atención de foráneos y grupos armados en busca de enriquecimiento rápido. Aprovechando la dificultad para rastrear el origen del mineral y el relativo aislamiento geográfico del Norte del Cauca, estos grupos han llegado a los alrededores de Yolombó para explotar y dañar gravemente el río Ovejas. Así, los mineros ilegales, en algunas ocasiones en articulación con multinacionales mineras, han introducido retroexcavadoras en el territorio para extraer oro<sup>32</sup>.

Las lideresas recuerdan que la primera incursión de retroexcavadoras ocurrió en 1994. En ese momento, la comunidad no comprendía completamente el impacto que tendría la presencia de estas máquinas en su territorio. Los discursos de modernización y desarrollo llevaron a la implementación de proyectos de explotación en el lecho del río Ovejas, como lo menciona Mery Yein:

La compra de las tierras era de los dueños los que vivían a las orillas del río, y entonces pues las comunidades, porque no solo era la comunidad de acá de Yolombó, sino que igual venía gente de muchos lados. Y yo recuerdo que, o sea, las primeras retos que vinieron pues esas se les permitió trabajar por mucho tiempo de pronto porque muchos no teníamos como esa conciencia que ya adquirimos en la segunda venida, que fue pues como antes de que nos movilizáramos a Bogotá. Para esa llegada de esas retos ahora sí ya teníamos como una conciencia más clara y ya.

Con el paso del tiempo, la comunidad comenzó a darse cuenta de que la presencia de las retroexcavadoras tenía un impacto negativo en varios aspectos de sus vidas. En particular, la presencia de las máquinas afectaba su tejido comunitario, la permanencia en el territorio y su propia soberanía alimentaria. Además, la maquinaria generaba cambios significativos en el río y su cuenca, lo que afectaba el hábitat de los peces, esenciales para su subsistencia, y dificultaba la



realización de la minería tradicional. Además, la presencia de cianuro y mercurio en el río estaba dañando gravemente la vida acuática.

En cuanto al tejido comunitario, la llegada de las retroexcavadoras generaba zozobra e inseguridad entre las integrantes de la comunidad. La toxicidad del río también estaba fragmentando las relaciones que habían existido durante generaciones, las cuales se tejían a través del río y con el río mismo. Esto incluía vínculos con sus antepasados, prácticas culturales, la relación con las nuevas generaciones y las conexiones con el resto de la comunidad. Dora Cely comparte su perspectiva al respecto:

Por eso decimos que [este] es un territorio sin maldad, porque aquí hemos acogido a gente de diferente sitio y hemos compartido y hasta ahora siempre.

Pero pues con la cuestión de las máquinas no hemos podido seguir haciendo las vetas porque donde llegamos a trabajar siempre hay demasiada agua,

y después que haya demasiada agua la gente no se dedica como antes, a decir «vamos a secar, vamos a achicar», sino que ahora todo piensan en maquinarias pesadas [...].

Ahorita ya los jóvenes dicen que la forma de esclavitud ya se acabó, porque eso le llaman un trabajo pesado

[a la forma tradicional de hacer minería], que eso es trabajo de esclavos.



*Dora Cely*



Cuando íbamos al río a trabajar pues uno ahí lograba de echarse su... Ejemplo, los adultos eran trabajando y nosotros los más pelados eso era bañe todo el día. Un ratico trabajaba y otra vez a nadar, a nadar todo el día en el río, entonces era un trabajo que hacía. Ahí uno aprendía a hacer la minería, porque como uno estaba siempre al lado de los papás, mientras que ya con el tiempo eso fue cambiando. Ya nuestros hijos se quedaban en la casa y nosotras nos íbamos detrás de las máquinas porque llegó la retroexcavadora. Entonces nosotras ya a la retro no podíamos llevar nuestras hijas, sino que uno iba era a barequear, le pusieron un nombre diferente, entonces dejábamos sus hijos en la casa, entonces andábamos era detrás de las máquinas, y pues ahí como les contaba en la reunión anterior, ahí se rompió como esa relación y pues muchas de nuestras hijas no saben menear la batea, muchas no saben trabajar la minería ni tampoco saben nadar. Pasarse el río braceando tampoco, no saben.

Entonces nuestras muchachas, nuestras hijas, perdieron ese ritmo, pues, sí. Si ejemplo decimos «vamos a un paseo al río» ellas no van a saber cómo pasar el río de un lado al otro, no son capaces de pasar el río, mientras que nosotros andábamos río arriba, río abajo, hacíamos champanes y de todo. Entonces ahí fue un gran cambio que digo que no fue para bien sino para mal, porque como hubo ese tajante, esa descomposición que nuestras hijas ya no saben. Si van a una piscina van es pal fondo porque no saben nadar. Entonces yo digo que también fue por esos procesos que vinieron, esos megaproyectos y acabaron un poco de esa tranquilidad acá.

Además, Dancy menciona que

[...] Entonces la gente a veces no ven más allá, que creen que como que hoy se puede conseguir, pero no ven el mañana, entonces ese flagelo lo estamos sufriendo ahorita



que nosotros no tenemos en el río donde ir a hacer una veta porque las maquinas dañaron toda la playa, entonces no hay un pedacito, como decía una compañera, «sano» [no intervenido] para ir a hacer una veta. Pero pues para la gente en ese tiempito como se sacaba el oro más fácil con la retro pues decían que nosotros estábamos oponiéndonos al desarrollo de las comunidades, pero mire ahorita lo que pasó. Y las personas que estuvieron en conflicto con nosotras al tiempo muchos de ellos vieron que no era porque nosotros queríamos que se salieran, y se han podido mejorar las relaciones que se fracturaron en ese tiempo.

Como señala María Orlenci, la presencia de las retroexcavadoras también ha tenido un impacto en el plano espiritual al perturbar la relación que ellas mantienen con el río Ovejas. Para ellas, el río no es simplemente una corriente de agua, sino que representa a un antepasado de gran importancia:

Cuando llegaron las máquinas eso fue un proceso muy duro para nosotros porque el río Ovejas ha sido nuestro padre, nuestra madre para nosotros. Entonces nosotros no consentimos que nos toquen el río. Si nos tocan el río nos tocan el corazón de todas nosotras y de toda nuestra comunidad.

Sin embargo, sacar las retroexcavadoras del territorio no fue una tarea fácil para la comunidad. Como relata Dancy,

Esas máquinas fueron traídas por gente externa. Cuando se dio eso de la minería ilegal llegaba gente de otro lado. Y pues igual esa era gente de no tan buena reputación, podemos decir. Entonces por eso cuando nosotros íbamos a pelear con que se salieran esas máquinas del territorio no era cosa grata ni fácil, porque no eran ni gente de aquí de la región, no eran gente conocida, y pues ellas entraban acá porque la misma gente de los territorios pues ellos les compraban la tierra, compraban la tierra aquí, pero al final no trabajaba el único pedacito de tierra que le compraban a la gente del territorio, sino que iban trabajando todo lo del río. Entonces pues ahí fue que nosotros estábamos conformes cuando estaban acá, pero cuando ya fueron cogiendo lo del río ahí ya había la inconformidad.



La segunda vez que las retroexcavadoras ingresaron al territorio ocurrió en 2013. En esta ocasión, la comunidad se unió para expulsar las máquinas del río Ovejas, pero se encontraron con desafíos significativos. Como se ha mencionado anteriormente, en el Norte del Cauca operan diversos actores, incluidos grupos paramilitares, quienes han dificultado la defensa del territorio y la vida<sup>32</sup>. Dancy describe esta experiencia de la siguiente manera:

Yo voy a contar una historia que sucedió antes de irnos a la movilización, que pues fue una vez que fuimos a sacar nosotras mismas la comunidad las maquinas retroexcavadoras. Entonces esa historia empezó pues una mañana. Me levanté y me agarré a escuchar el ruido de las máquinas, y cuando yo miraba para arriba y veía que las máquinas ya estaban como allá en el medio del río, entonces empezamos a tirar teléfono. Empezamos a llamar a las personas de la parte del lado de allá abajo. Empezamos a llamar los unos a los otros: «muchachos, miren donde están esas máquinas, están en el medio del río». Entonces empezamos a tirar teléfono aquí en el río: «vámonos, vámonos a sacar esas máquinas». Entonces verdad, y organizamos y nos vamos a sacar esas máquinas. Y bueno, fuimos una y otra y otra, y llegamos allá a la orilla del río. Igual ese día a la primera que también llamé fue a Francia, porque pues igual ella ya había salido desplazada de acá, ella igual estaba en Cali. La llamé: «Vea Francia, véngase que nosotras vamos ahí a sacar esas máquinas, entonces pues usted también tiene que venir a ayudar». Y nos hemos ido para el río. Y había gente también trabajando por allá en Vetas, y fuimos hablando con ellos y bueno, nos fuimos uniendo. Y había dos frentes de trabajo allá de esas máquinas, y llegamos al primer frente, igual hablamos con ellos, [y les dijimos] que «bueno, ya llegamos, ustedes no pueden trabajar más aquí y pues necesitamos que salgan del territorio». Y ya algunos de ellos que no, que les diéramos unos días, que ellos habían hecho desmonte y que no sé qué. Entonces ya ahí ya llegaron unos de las personas de aquí, hombres, y ya fueron y se montaron allá sobre esas máquinas. Ya esos señores se pusieron como temerosos. Algunos de los que estaban operando, porque no



eran ni los dueños, ahí mismo algunos se fueron y ya mucha gente ya querían era pues coger como ese material, lo de la arena que han sacado, y dijimos «no muchachos, aquí no vamos a tocarle nada a ellos. Lo que nosotros necesitamos es que desalojen». Pues ahí igual con las primeras personas no fue tan duro porque ellos estaban más asequibles al diálogo, y bueno, se logró hablar con ellos, y que ellos pues se les daba como dos días y que ellos se iban.

Listo, después de ahí nos fuimos para otro frente. Ese frente estaba como acá en los nacederos, y el otro frente estaba allá en una playa que se llama El Remolino. Entonces de ahí ya nos fuimos pa' la playa de Remolino. Allá ya llegamos y allá si fue más complejo y más difícil porque la persona que estaba trabajando allá con la máquina pues, bueno, como muy rebelde, ¿no? Y ya igual como en la parte de Remolino pues había mucha gente trabajando, y como ahora les estábamos explicando, en esos sitios llegaba gente de muchos lados, entonces había gente de Munchique, Honduras, Portugal, bueno, de todos los lados había gente trabajando ahí porque era un día de trabajo. Entonces la misma gente empezó a chocar con nosotras, que dejáramos



trabajar, que no dejábamos que hubiera como el progreso, el desarrollo de la comunidad, porque hay gente que creen que para ellos eso era desarrollo, entonces no entendían lo que nosotros buscábamos, que era que no dañaran el río y que pues hubiera una forma de trabajar. Entonces bueno, eso ahí ya se formó conflicto con la gente y se formó un conflicto con la persona que era el dueño de ahí del terreno. Entonces bueno, eso hubo mucho conflicto a nivel de eso. Eso generó unas enemistades con mucha gente de los que estaban en contra de que se fueran las máquinas. Entonces eso fue bien duro, y me acuerdo de que al otro día de nosotras haber ido a sacar lo de las máquinas, al otro día les llegó una amenaza [de muerte] a varios líderes de acá por el hecho de haber ido a sacar esas máquinas. Y pues igual se logró después de eso, pues de ahí como hicimos varias cosas para sacarlas.

A pesar de los esfuerzos de la comunidad, la maquinaria pesada no abandonó el río Ovejas. En septiembre de 2014, el Consejo Comunitario de La Toma, al cual pertenecen las lideresas, presentó una denuncia ante el gobierno nacional sobre la persistente presencia de las retroexcavadoras en el territorio. Sin embargo, lamentablemente, estos esfuerzos no dieron resultados positivos. Dancy relata la situación de la siguiente manera:

Y después de eso fue que hicimos lo de la movilización porque al ver que ya habíamos denunciado frente a la alcaldía, la Procuraduría, bueno, frente a varias instituciones, y no había ningún resultado, entonces de ahí fue que ya hicimos lo de la movilización que cuenta la compañera del 2014. Entonces a nivel de que nosotras hemos hecho resistencia entonces aquí ha habido mucho, por eso se formó como conflicto al interior de las comunidades, porque mucha gente está a favor y mucha gente está en contra.

Debido a la continua incursión ilegal de las retroexcavadoras en el territorio, las lideresas tomaron la decisión de llevar a cabo la Movilización de Mujeres Negras por el Cuidado de la Vida y los Territorios Ancestrales a finales de 2014, con destino a Bogotá. A través de esta movilización, el Consejo Comunitario de La Toma buscó denunciar ante el gobierno nacional la persistente presencia de



las retroexcavadoras en el río Ovejas, ya que la minería a gran escala seguía afectando sus territorios. No obstante, este proceso tampoco fue fácil. Estuvo marcado por diversas emociones, incluyendo el miedo, la tristeza, la rabia, la impotencia y el cansancio, pero también por momentos de felicidad, resistencia y unidad. Mery Yein describe estas experiencias en sus versos:

Una mañana cualquiera escuchamos mucho ruido  
y cuando todos miramos estaban saqueando el río.

Llegaron unos foráneos a formar todo un caos,  
a formar conflicto aquí y en todos lados,  
a destruir hogares, a violentar nuestras niñas.  
La minería ilegal atropelló a nuestras niñas.

De pronto nos dijimos que debíamos hablar,  
en las horas de la tarde, hablar en comunidad  
y en ese preciso momento empezamos a maquinar  
cuál era la mejor manera de aquel problema contar.

Entonces nos decidimos, madres, hermanas e hijos  
hicimos las maletas, así que varios nos fuimos.  
Iniciamos en Santander y muchas ciudades a recorrer  
y nuestra problemática la dimos a conocer.  
Y en cada ciudad que llegábamos nos recibieron con alegría  
pero allá en Cajamarca no había mucha armonía.  
Y todas estas mujeres nos fuimos de esta zona  
acompañadas de los jóvenes, nuestra Guardia Cimarrona.

El cianuro y el mercurio a Ovejas contaminó  
luego siguió con el Cauca, a ese también lo jodió.

Y llegamos a Bogotá y hablamos ese día  
de todos los procesos que nos acontecían.  
Nos tomamos la Giralda con el gobierno para hablar  
para las retroexcavadoras de nuestro río sacar,  
que esas retroexcavadoras las debían de sacar,  
pero que por favor no las fueran a quemar,  
que si las quemaban nos causarían problemas,  
pero la verdad al gobierno le importó poco ese tema.



Se firmaron unos acuerdos en el gobierno de Santos algunos se han cumplido y otros ya ni me acuerdo. Y esas máquinas las quemaron, ahora yo se los digo ese maldito gobierno nos pusieron en peligro. De allá llegamos con miedo, pero dejamos el odio nos da orgullo esa marcha para defender el territorio.

Y aquí les dejo mis versos, los escribí con alegría  
defendamos el territorio  
porque el territorio es la vida  
y la vida no se vende  
se ama y se defiende.

### **Maria Lucrecia también comparte cómo vivió su experiencia en la movilización:**

Voy a contarles de la movilización. Para mí eso es una historia porque yo nunca había estado en una parte así, entonces pa' mí es una historia. En noviembre del 2014 fuimos a una movilización a Bogotá. Entonces estábamos aquí, y ella dijo «ay, voy a Bogotá para hablar sobre lo de las máquinas», entonces yo dije «¿será que voy, será que no?» Porque yo nunca había salido a una parte así. Entonces yo dije «voy a mandar a mi hija», entonces yo dije «no, yo no la voy a mandar porque uno no sabe qué va a pasar en el camino».

Y ese día las chivas llegaron aquí. Con decirle que yo ni monté el maletín a la chiva porque me dio nostalgia, como miedo, pero yo dije que uno tiene que salir pa' conocer. Bueno, [yo pensé] si es de volver volvemos, y salí con ese miedo. Ya llegamos a Santander, de Santander nos fuimos hasta La 14. Ahí la chiva llegó hasta ahí y ya llegó la policía. La Defensoría del Pueblo nos acompañó a la Universidad del Valle, de ahí ya salimos para la plaza de San Francisco por el centro [de Cali]. Entonces estábamos ahí con unas compañeras cuando pasó una camioneta y [dijo] que «adiós vagabundas, cojan oficio». Ay, Dios mío, yo dije «me devuelvo para mi casa». Y unos compañeros



de Mazamorreros por allá [decían] que «no, no han visto nada», y yo pensaba si me devolvía con ese miedo, pero dije «yo sola no estoy», y ya al otro día camine. Llegamos a Palmira. En Palmira también fue una cosa tenaz que por un muchacho nos iba a echar una moto encima y a mí el corazoncito ya se me salía. Y de ahí pa' allá estuvimos caminando, en algunas partes nos atendían súper, pero en otras partes que nos fue mejor dicho. Nosotros llorábamos, a veces reíamos.

En Cajamarca yo ahí sí Dios mío. Llegamos un día y estábamos en una casa como en un pedazo así, y como estaba lloviendo tanto, ella [la dueña de la casa] dijo «ay, no les doy posada porque son muchos», pero ahí hicimos comida. La gente de allá nos llevó cosas fresquitas, verduras para que cocináramos. Por la noche unos muchachos, unos compañeros, nos llevaron a un coliseo. Ay, Dios mío, ¡un frío!

Y le digo que nosotros alzamos esas colchonetas y el agua en el piso, no podíamos dormir. Nosotras llore, porque había una señora que era la más mayor de todas. Y aquí mis compañeras estaban cuidando de mí porque alguien quería acostarse conmigo, pero yo dormida, entonces mis compañeras me dijeron, «venga, pase pa' acá esta colchoneta», y yo dije «pero por qué», y me dijeron «estamos viendo cosas que de pronto nos pueden pasan», y [...] ya me pasé allá. Pero no pegaron el ojo, y y [nosotras] llore y llore, [pensábamos] que «por qué se nos vinieron a meter aquí [personas extrañas]».



→  
*Maria  
Lucrecia*



Y nosotros al otro día alzamos esa colchoneta y el agua 'tas tas'. Y nos fuimos el otro día a desayunar y esa policía ahí al lado de nosotros. Uno caminando y esa policía encima de nosotros, y nosotros [decíamos] «¿será que nos van a matar?». Entonces unos compañeros decían «no, no los dejemos solos porque acá en Cajamarca les gusta matar a las personas que dan a conocer lo que está pasando [en las comunidades]». Y ya nos fuimos, nos montamos en el bus. Y ya llegamos a Fusagasugá y allá fue que llegaron las compañeras. El día que llegaron las compañeras lloramos de la alegría porque habíamos pasado a veces por muchas cosas en el camino, pero lloramos de la alegría de verlas a ellas. Ya llegamos a Bogotá y ya estuvimos allá, nos metimos a la Giralda, [y allá] lloramos mucho, mucho, mucho. Al menos yo lloré mucho, porque allá fue una experiencia que uno no ha pasado.

Y le cuento que allá nos bañamos con pañitos húmedos, y nos compraron bastantes cucos, y ya como al tercer día fue que encontramos una señora, que esa señora era tan mala gente [...]. Dios mío, nosotros chupe frío. Nos dormíamos en un ladito, no cabíamos en esos asienticos. Ya yo tenía dolor de espalda, y una señora le dijo a otra, «denles brigada a esas mujeres porque esas mujeres se van a enfermar y si se mueren eso es culpa suya» y [ella dijo] «yo no voy a mandar a que se metan acá, esa gentecita se me metió acá. Primeras mujeres que han venido a meterse acá». Esa señora se ponía era rucia. Y bueno, y un día llegamos a una conversación y nos hemos agarrado llore, pero [la] mayoría llore y llore, y yo [pensaba] «¿será que no vamos a salir de acá? Nos van a matar acá». Cuando que [llegó] el ESMAD [Escuadrón Móvil Antidisturbios]. Ay, Dios mío, les cuento que el ESMAD nosotros [decíamos] «no podemos con esos hombres», entonces una compañera nos dijo «la única opción de nosotros es que nos quedemos en puros cucos, que así ellos no nos tocan» [risas]. Y una señora dijo «cuál, allá les van a mandar las mujeres [del ESMAD]», y yo dije «ay, esas señoras nos van a matar, ay, Dios mío». Y las otras compañeras estaban haciendo arengas afuera y nosotros [les dijimos] «váyanse de ahí pa' que no nos vayan a hacer nada».





Bueno, salimos de ahí y ellas nos recibieron. Hermoso el día que salimos de allá, recuerdo que era como el 5 de diciembre. El 5 de diciembre hermoso, que le digo que esa historia yo no la olvido para nada porque yo estaba cumpliendo años justo ese día, y fue muy bonito, pero a mí la vida me dio una vuelta que yo digo a cada ratico esa historia me cambió la vida de una manera de un ratico a otro, y pa' mí es una historia muy conmovedora.

Por medio de un poema, Yerlin también relata lo que vivió en la Movilización:

Marcha de mujeres que encabezaron afrodescendientes llevando a sus hijos y mucha gente de arranque. Lucha de mujeres que hizo historia en la vida donde muchas salieron arriesgando la vida. Resistencia y poder, la enseñanza de nuestros ancestros para que siguiéramos el legado y no dejáramos morir lo que es nuestro.



Territorio y vida lo que nos describe a nuestra comunidad como minería, arte y cultura, que son legado a trabajar. Río Ovejas, consagrado como padre y madre de la comunidad que ha sido nuestro sustento, no lo podemos dejar acabar.

Cuando llegaron a Bogotá, algunas de las lideresas mantuvieron un diálogo con representantes del gobierno, mientras que otras permanecieron fuera resistiendo, tal como lo narran Maria Lucrecia y Katherine:

Todas cogimos como unas velas al lado de afuera, las que quedamos afuera. Las prendimos en honor a ellas que estaban allá adentro, y nosotras acá afuera hacíamos bulla, [les decíamos] «vamos mujeres», dándoles como fuerza allá adentro, que no se entristecieran allá, que nosotros les dábamos la alegría de acá afuera. Gritábamos para que ellas nos escucharan allá. Cuando también dijo que [había llegado] el ESMAD, y nosotros dijimos «ay, y ¿ahora?». También como hemos sido unas mujeres que hemos guerreado, que la hemos dado toda, nosotros dijimos «pues, a la hora que toca enfrentarnos, nos enfrentamos».

Y también cuando se enfermaba una persona dizque que para ir en taxi, pero no nos paraban los taxis, una lucha para que nos pararan. Y desde ahí fue que se conformó la Guardia Cimarrona, desde ahí de la movilización se conformó la Guardia Cimarrona. Entonces los hombres tenían que hacer así para que paran los taxis para poder llevar las personas a algún centro de salud. Y también un muchacho que también llegó, que yo no me acuerdo como se llama él, uno de Tumaco, también que fue a un centro a que le vendieran un medicamento y no se lo vendían, y él como ha sido revolucionario porque entonces él ahí se alteró y dijo «es que no me van a vender el medicamento o qué pasa». Tuvo que tirarle a la persona porque llegaban los de [otro] color [de piel] y los atendían y a él no lo atendían. También cuando andábamos en marcha allá en Bogotá y salió dos muchachos con dos machetes. Dos de nuestros compañeros corrieron, pero él sí, el de Tumaco, dijo «qué



pasa», y antes le quitó el machete al muchacho y antes ellos fue que salieron corriendo.

Cuando ellas estaban allá al lado de adentro, que les iban a mandar al ESMAD, a nosotros nos dijeron que eran mujeres. Cuando nosotros oímos que eran mujeres dijimos «no, si ellas tiran lo que ellas tienen, nosotros [no nos podemos dejar]. Nosotros acá hemos sido agricultoras, nosotros sabemos [defendernos]», entonces nosotros dijimos «si son mujeres y le van a tirar a ellas nosotros también les tiramos a ellas, porque no podemos dejar que porque ellas estén allá encerradas también las vayan a atacar». O sea, es como dándoles el apoyo, como queriendo decir que éramos una sola persona. Y también en lo de la alimentación un día nos levantábamos las mujeres [a cocinar], otro día se levantaban los hombres. Nos repartíamos como las rutas de cocinar, sino que nosotras las mujeres éramos como más la cara de ir a hablar, de ir a hablar público, entonces los hombres más como que en la cocina. Se cambiaban los roles.

**A pesar de que muchas de las lideresas de la asociación participaron en la movilización, algunas de ellas optaron por quedarse en el territorio y llevar a cabo diversas acciones de resistencia, centrándose principalmente en labores de cuidado, como relata Maria Orlenci:**

Pues también para contar un poco de lo que vivimos cuando se fueron las compañeras a Bogotá, porque inclusive yo no pude ir porque estaba trabajando. Entonces desde acá hacíamos videollamada y pues a veces uno así quisiera ponerse triste por lo que estaba pasando allá, pero como que no, nosotros le demostrábamos lo contrario a ellas. Estuvimos muy pendientes y de igual manera hicimos juntanza aquí. Nos juntábamos día de por medio y estuvimos muy pendientes de los hijos de las compañeras. Fuimos a Suárez a coleccionar mercado para darle a varias familias mientras que las mamás estuviesen allá en Bogotá. Pero a pesar de que no fuimos allá aquí también vivimos una experiencia muy hermosa, porque estábamos pendientes de los niños si se enfermaban, de la familia, de la comunidad. Entonces, pues más que todo ellas allá tuvieron también una



experiencia hermosa, pero aquí hacíamos videollamada y desde allá nos saludaban. También se vivió desde el territorio.

Una vez que la marcha llegó a su fin, las lideresas se enfrentaron a un viaje de regreso al territorio lleno de temor. Aunque la noticia de que el gobierno retiraría las retroexcavadoras del río era una señal positiva, también sabían que esto ponía en riesgo sus vidas, ya que los intereses económicos de los actores armados estaban en juego. Katherine expresó sus temores de la siguiente manera:

También cuando ya era hora de venirnos, bueno, se formaron dos grupos para venirnos. Cuando dizque «ay, me da miedo ir al territorio», y [decíamos] que «no, yo todavía no me voy a ir, váyanse ustedes». Se vino el primer grupo. Ya cuando quedamos el segundo grupo [decíamos] que «ay, ¿ya mañana nos vamos?», ay, Dios mío, qué miedo llegar al territorio. Y cuando íbamos pasando ahí al puente [de Suárez] nosotros veíamos como una gente ahí extraña, y nosotros [dijimos] «agáchense, agachémonos para que no sepan que somos nosotros». Y verdad, todo el mundo cogió y se agachó allí ya. Cuando pasamos de ahí fue que nos levantamos del bus.

Entre risas, María Lucrecia también recuerda su experiencia:

Le cuento que el bus que se vino primero, bueno, la gente llamaba, no sé quién, pero se estaban comunicando. Bueno, estábamos allá y yo dije «tengo miedo», pero [...] [yo pensé] si se van los demás pues yo también me voy porque pues si pierde una, perdemos todas. Entonces el bus que vino primero, eso fue por San Francisco, alguien llamó y que «ay», y apenas el bus llegó a San Francisco [se] le puso una moto atrás [...], y yo dije «ay, Dios mío. ¿Será que van a matar a esas muchachas?», Dios mío, pero el corazoncito... Donde para el bus ahí se para la moto. Ay, yo con una zozobra, Dios mío bendito. Igual cuando llegaron que sí, que no pasó nada, no, no pasó nada, y pues la verdad yo traía mucho miedo.

Ya llegamos de Bogotá el día domingo, y le cuento que yo me fui pa' Suárez. En ese tiempo había un aniversario de mi



hermano de papá, y yo dije «no, yo voy al aniversario de mi hermano así sea el último día de mi vida. Tengo miedo, pero voy a ir». Lo que decía, yo estaba en Suárez y yo no podía ver [...] que [un foráneo se me acercara] al lado porque Dios mío bendito, «ya vienen por mí». Como al mes me fui pa' Jamundí pa' donde un familiar, y yo del miedo cogí el carro [para ir a Suárez] en el puente [risas]. Se montó un señor con un sombrerote, ¡Ay, Dios mío!, y les digo que yo me senté. Se montó más abajito, iba con un poncho, y yo dije «¿será ese señor que me viene siguiendo?». Iban dos señoras de Mindalá y mi persona, y ya el bus quedó vacío, y yo «ay, ese señor dónde es que va a bajar, pero bájese, Dios mío». Cuando compró un helado y me ofreció un helado y yo le dije «pues, si me regala yo como» [risas]. [...] Y eso eche pa' abajo, y en Jamundí en la panadería se bajaron todos y quedamos los dos en el carro, ay juepucha. Yo dije, «¿será que ese señor no se va a bajar? Ese señor dónde es que se va a bajar, virgen santísima». Paró ese bus en el parque, cuando se bajó ese señor en el parque yo descansé. Ay, yo dije «bendito sea Dios», y el ayudante me preguntó, me dijo «usted fue pa' Bogotá, ¿cierto?», y le dije «no, ¿por qué?», [y él dijo] «uy, desde que ese señor se montó en el puente la vi como usted venía sufriendo en ese carro» [risas]. Pero le digo que un miedo, un miedo, Dios mío bendito. Qué día le eché ese cuento a mi prima y me dijo «no, pues la entiendo porque ustedes como han sido tan amenazadas». Vea, el día que yo me iba a venir venía alguien conocido de Cali y la llamé y le dije pa' que nos vamos juntas en el bus porque yo uy no, yo sola no me voy a ir. Y yo salía con miedo después de allá, porque nosotras no le debemos nada a nadie, y ahora sí yo cogí mucha fuerza con eso. Uno tiene miedo, pero yo [ya] perdí el miedo. Si toca enfrentarnos a cualquiera nos enfrentamos.

A pesar de las dificultades que enfrentaron durante la movilización, las lideresas destacan que también recibieron apoyo en diversas formas, siendo el más significativo el de su propia comunidad. Dancy y Mery Yein compartieron sus experiencias al respecto de la siguiente manera:



Cuando la movilización Petro era el alcalde de Bogotá en ese tiempo y por eso tampoco no hubo, pues, ese señor en ese tiempo nos apoyó mucho, y mire que a nosotros nos sobró comida allá. Nos mandaban era comida, sobre comida, sobre comida. Muchas vinieron fue gordas porque comieron fue harto harto allá. Y lo otro es de la llegada aquí. El día que llegamos aquí de la movilización fue algo muy muy bonito que yo nunca me olvido. Fue algo que la comunidad, cuando nosotras llegamos nos recibieron como unas heroínas. Ay, nosotros nos sentimos, al menos yo lo digo, muy feliz, muy feliz, muy feliz. Ay, ese día, no, cuando llegamos con sus maletas que nos bajamos de ese bus, ay, que toda la comunidad aquí donde ustedes llegaron ahorita, toda la comunidad esperándonos ahí. No, eso era una cosa muy chévere, uno se sentía... Ay no, eso fue una felicidad... Ay, no, no, no. Eso fue una felicidad más buena.

Yo lo que quiero decir cuando inició la movilización es que unas arrancamos de primeras y esas primeras que arrancamos fuimos las que nos tomamos La Giralda, y ya el segundo grupo fueron pues las que quedaron afuera. Pero lo que quiero decir es que yo también siento un orgullo muy grande porque después de la movilización es que yo cogí como ese empoderamiento por el territorio, esa conciencia por el medio ambiente también, que me

  
*Katherine*



parece muy importante. Que la naturaleza, los animales, son muy importantes en la vida de todos. Entonces para mí la movilización de mujeres del 2014 es un gran orgullo para mí.

Con el paso de los días tras su regreso de la marcha, la alegría y el entusiasmo se vieron eclipsados por el miedo y la angustia. Dora describe la experiencia de sufrimiento compartida por ella y sus compañeras de la siguiente manera:

Otro momento que fue muy duro después de la marcha, que ya se llegó de la marcha de Bogotá, porque las mujeres aquí en ese momento no trabajábamos. Digo trabajábamos porque las que fueron se sintieron afectadas como las que no fuimos, porque ellas toda sombra que veía era malestar, o sea que parecía que les iba a causar un daño. Salían de la casa y eso era como con esa zozobra, con esa angustia que alguien nos iba a perseguir porque usted sabe que en todo sitio hay una persona de esos que uno llama los «sapos», porque a la hora de la llegada les contaban a los dueños de la retro que ya habían llegado las de la marcha de Bogotá.

Entonces en cada momento se veía que andaba un foráneo, una persona extraña en el territorio, y eso fue para una zozobra. Unas no salían de la casa, otras salían pero con ese miedo y no paraban tranquilas en la calle. Y pues hasta que llegó un momento que mantenía mucha visita aquí de la Defensoría del Pueblo, hasta psicólogo fue que hubo aquí, ¿no? Hasta el psicólogo estuvo aquí dando orientación a las mujeres para que no se mantuvieran como tan cohibidas de salir, que eso no era un motivo para que nos desplazáramos. Algunas no iban al pueblo con ese miedo que si yo voy me reconocen y no saben qué pueda pasar. Andaban en un carro y si alguien miraba fijamente el carro decían «ya me están mirando, esa mirada es para mí». Y pues aquí había una compañera que a cada ratico le hacían la visita a la casa y pues como en esa época mucha gente no trabajábamos apenas avisaban que «acá andan algunos rondando la casa», que «yo vi que hay algunos aquí», y la gente se desplazaba a correr, a mirar qué le estaba pasando a la compañera. Y eso pues fue angustiante, fue



un momento muy duro. Y la otra compañera ella no salía y decía que ella cómo hacía para comer y darle comida a las hijas, por lo que ella sí no trabaja, mantenía mucho miedo, mantenía con el pánico todo momento.

Y pues la verdad eso fue un momento muy duro para las mujeres aquí. Pasamos meses tras meses sin trabajar, y algunas pues salían o salíamos y era con compañía, nunca salíamos solas. Y sí, eso pues fue algo que... Y venía gente de todos lados, ¿no? En ese momento venía gente con la noticia que de las marchas, llegaba gente de Estados Unidos, de México, hasta de Argentina alcanzamos a tener visita aquí haciéndonos el acompañamiento para que las mujeres tuvieran cómo entretenerse mientras pasaba la ola fuerte aquí en la comunidad.

Y pues otra de las cosas que aquí nosotras hemos sobrevivido acá en la comunidad, acá tengo un verso: «Por resistir en el territorio hemos aprendido a sembrar para tener una seguridad alimentaria y a nuestros hijos levantar». O sea, que esa es otra forma que nos ha caracterizado también por mantener aquí, que no hemos tenido esa oportunidad como hacíamos antes de desplazarnos a otro lugar a trabajar. Ya cada uno hemos aprendido a trabajar la tierra y eso es una forma que nos entretiene, y hemos sembrado hortalizas, hemos sembrado también frutales, y todas esas cosas nos han ayudado para hacer resistencia en el territorio, y espero también que nuestros renacientes hagan ese aporte, que no por primera amenaza salgamos corriendo, sino que busquemos una estrategia para hacer resistencia, para permanecer en el territorio y seguir cuidando el legado que nos han dejado los ancestros. Y nosotras también vamos a hacer lo posible por dejarles ese legado a los renacientes, a nuestros hijos, a los nietos, a ver hasta qué punto pueden resistir, pues porque sabemos que lo que se viene no es nada fácil, es más duro que lo que hemos vivido nosotras, pero pues le pedimos también a Dios que ojalá nos siga dando otros años más de vida para seguir orientando a estos niños que algunos ya han



aprendido, algunas niñas que ya manejan las consignas que se han manejado aquí en la comunidad para la defensa del territorio. [...] Vamos a ver de qué forma reunimos también esos jóvenes para concientizar de qué forma, qué es lo que ellos piensan, y pues en un caso dado que ya no estemos muchas que estamos ahorita con esta lucha a ver qué ellos piensan hacer más adelante para que tan fácil no se dejen desterrar del territorio, porque ya sabemos que a los desplazados en la ciudad no les está yendo nada bien, y eso genera abandono en el territorio, y eso es lo que no queremos para nuestros hijos.

**La última incursión de las máquinas en el territorio ocurrió en 2014, justo después de la movilización a Bogotá. Las lideresas relatan que durante este período vivieron los momentos más oscuros del proceso, como lo comparte Maria Orlenci:**

Otra historia que yo tengo es referente también a las máquinas, que fue el 29 de diciembre del 2014. Sucede que nosotros mirábamos que todos los días veíamos la retro que era esa mano allá en el centro del río, y como que nos tocaba acá en el corazón a nosotras. Entonces como un día así como estamos aquí nos paramos y miramos allá y dijimos «muchachas, qué hacemos referente a ese caso». Cuando ya tomamos una decisión, pues miremos a ver qué podemos hacer si podemos sacar esas máquinas. Nos levantamos el 29 de diciembre y empezamos a mirar esas máquinas otra vez a trabajar allá y no, otra vez a tirar teléfono. «Muchachas, mi gente, comunidad, salgamos que nos están tocando ya el corazón, que es el río Ovejas, el papá que nos ha criado a nosotros. De ahí hemos criado a nuestros hijos y nuestros abuelos, nuestros ancestros sustentaron a sus hijos y nos mantuvieron».

Entonces ya empezamos a llamar y todo y bajamos allá al río y de todo lado salimos y llegamos allá. Entonces empezamos ya a hablarle a los señores que hicieran el favor que pararan las máquinas, y uno dijo que no, que ellos no iban a parar, que ellos estaban trabajando por orden del dueño de la tierra. Y entonces nosotros le dijimos «pues si ustedes



estuvieran trabajando por donde ustedes compraron, pero están es tocando el río Ovejas, y el río no es de la persona que les vendió. El río Ovejas es de la comunidad, de las personas que hemos peleado por él, y no del dueño de la empresa». Y bueno, empezamos ahí y esa gente ya empezaron con una grosería, nos trataron, mejor dicho, de hasta qué no éramos nosotros. Y ya empezamos también a llamar [...], todos empezamos a tomar diálogo. No, eso se formó una, como un tome, deme, y ya uno se paraba y ya llegaba esa gente de las máquinas a pararse al lado de uno como ya queriendo tomar represalias hacia uno, pero nosotros lo hicimos por la buena fe, porque nosotros siempre hemos querido permanecer bien en nuestro territorio. Y vuelvo y digo, nosotros ahora no tenemos ese lujo de irnos allá al río a hacer una veta porque no tenemos dónde.



Entonces empezamos a decirle a ellos que no, que nosotros ya habíamos hablado eso, que en nuestro territorio no dejábamos entrar más maquinaria pesada, y que no, que ellos habían pedido permiso desde la Alcaldía, que no sé qué, [y les dijimos] «qué pena me da, pero es que nosotros como comunidad estamos recibiendo el daño, mas no ellos». Y ya llegó el defensor, empezamos a tener diálogos, y no, que no querían y no querían [cesar sus operaciones]. Y ya después se fue a cosas mayores, y pues muy triste porque otras personas de otros lados hicieron daños, se llevaron sus cosas, y quedamos siendo nosotros [los afectados] cuando no fuimos nosotros [los responsables]. Y entonces ya vinieron la Defensoría y muchos carros.

Y entonces ese día 29 [de diciembre] le pedimos [a la Fiscalía] que no quemaran esas máquinas, y quemaron esas máquinas, y ya todos preocupados. Pa' mí fue muy triste porque no pudimos tener un 31 [de diciembre]... [llanto]... Ese día no pudimos amanecer en la casa. Nos tocó que amanecer en la casa de mi tía porque nos llegaron amenazas y nos iban a tocar la puerta. Nos tocó que desplazarnos... Pero hay cosas que uno no quisiera contarlas porque es muy duro... Para nosotros fue un 31 ni nada, porque era como cuidándonos la espalda. Veíamos a alguien y éramos como «y aquí qué está pasando». Y para mí fue muy duro porque en esa noche no pudimos dormir en mi casa, y eso me marcó, y mis hijos me decían «mami, por qué nos quedamos aquí», [y yo les respondí] «no, vámonos donde mi tía que vamos a hacer algo», pero era como mintiéndoles. Pero fue muy duro pa' mí.

Entonces yo digo, como dice la compañera Dancy, a veces las personas venden las tierras, pero luchamos una comunidad, y siempre digo que la comunidad de Yolombó hemos luchado por todo el municipio de Suárez, hemos dado la vida por todo el municipio de Suárez [...]. Entonces siempre me ha marcado mucho eso porque nosotros no queríamos un bienestar únicamente para Yolombó. Queremos un bienestar para todo el municipio de Suárez y



para todo Colombia. [...] Nosotros vivimos sabroso porque tenemos una juntanza muy buena, y si uno no tiene un plátano el otro se lo da, y por eso es vivir sabroso.

Las lideresas también han enfrentado experiencias de resistencia relacionadas con la construcción de la represa de la Salvajina en 1985 en Suárez, la cual resultó en el desplazamiento forzado de comunidades étnicas. Dancy comparte esta vivencia:

Cuando se construyó la represa hicieron un acta, porque la represa de la Salvajina la construyeron sin consulta previa, entonces después de eso han hecho un poco de acuerdos. Entonces hay un acta por ahí que se llama dizque «El acta del 86», donde hay muchos acuerdos que se hicieron. Entonces unos los han cumplido, pero siempre remueven eso, que porque allá quedaron las minas más ricas, los terrenos más fértiles, todo quedó navegado en la represa de la Salvajina. Entonces cuando construyeron eso cogieron como a algunos líderes de ahí de Suárez y bueno, los convencieron muy fácil. Y a la gente que se opuso, pues, quien era dueño de su terreno, le decían «si usted quiere o no quiere. Usted quiera o no quiera vamos a hacer el proyecto», y al que no quería le depositaban la plata en el banco y pues si usted la quiere ir a cobrar bien, y sino también, pero así fue. Eso no fue como en otros proyectos que quién está de acuerdo y quién no, y la gente hemos resistido. Lo de la Salvajina fue totalmente diferente, entonces mucha gente que perdieron sus terrenos y todo. Fue algo bien difícil para las comunidades.

Además, como señalan las lideresas, varios de los acuerdos alcanzados con la empresa constructora del embalse no se han cumplido, lo que ha motivado a la Asociación a movilizarse en diversas ocasiones:

No me acuerdo de qué año fue, [pero] se hizo una marcha hacia Cali, se hizo con varias veredas. Y nos fuimos hasta Cali. Llegamos primero a la Universidad del Valle, y de la Universidad del Valle nos fuimos a Comfandi de la 66. Ahí era en ese tiempo la oficina de la cvc [Corporación Autónoma



del Valle del Cauca]. Ahí nos fuimos a hacerles bulla y nos quedamos ahí. Me acuerdo que para esa movilización pues fueron muchos adultos. En ese tiempo no fue mucha gente joven, fue muchos adultos. Entonces estábamos ahí al frente, la gente pues nos quedamos allá una noche. Ahí había como una fuente. Yo recuerdo que toda la gente llegó a lavar su ropa en esa fuente y ahí colgaron toda su ropa [risas], y me acuerdo que nos dormimos ahí afuerita, ahí en los corredores de los edificios de la cvc en ese tiempo. Colocamos unos plásticos y nos hemos acostado ahí cada uno con su maletica, ahí ponía su maletica de almohada. Y estábamos ahí durmiendo sabroso, como queriéndonos quedar dormidos, cuando escuchamos que '¡Boom!' Nosotros todos nos habíamos parado ya con su bolsita aquí al hombro para salir a correr, y nosotros creíamos que era el ESMAD que nos habían atacado. No, cuál atacado. En el edificio de adentro se había caído un pedazo fue del cielo falso, cuando cayó que '¡Boom!', y todo el mundo ya se paró así [risas].

Y mire que pues allí en esa movilización estábamos ahí en todo el puente ya colocando la ollita para hacerla comida y pues nos íbamos pasando varios para allá, y pues la fuerza pública creía que era que ya nos íbamos a tomar esa vía en ese puente. Cuando llegan y toda la comidita y todo lo que habíamos llevado, habíamos llevado todos los trastes de aquí de la escuela, todo eso nos lo quitaron. Eso lo fueron echando a la camioneta y



Luz  
Adriana



hasta a una persona de La Toma la echaron en la camioneta con el mercado [risas] y nosotros salimos a correr y algunas pues como no corrían mucho las habían montado en la camioneta y se las han llevado [risas]. Y entonces cuando pasó eso se enfurecieron los muchachos jóvenes que habían ido, porque como habían ido muchos, y empezaron [el ESMAD]ahí a atacar a la gente, a algunos adultos que habían ido, y los cogieron. Entonces por eso yo digo que los ESMAD ellos no respetan ni niños, ni a adultos, ni a mujeres. A nadie, a nadie. Eso ellos los arrastran como pueden. Ese día arrastraron a un poco de adultos [mayores] ahí.

Y ese día a uno de acá de La Toma, un muchacho, le lesionaron un dedo porque eso les empezaron a aventar garrote, y esos muchachos [se defendieron, pero] ustedes saben que esos del ESMAD pues... Y ese día el [joven] de La Toma, que en paz descansa, fue el que también le dieron durísimo, ya hasta se lo habían llevado. Sabroso se lo iban llevando, y ese muchacho yo no sé cómo es tan rápido y tan liso que se les escurrió. [A los del ESMAD] les quedó a penas la camisita en la mano, y ahí mismo se les perdió, [y el muchacho] fue y se les cambió la camisa. [Y el ESMAD decía] que «buscamos al de la camisa roja, buscamos». Ahí entre todos los de la fuerza pública buscando ahí al de la camisa roja. Pero pues fue de las primeras experiencias que estuve yo haciendo movilización. Sí, esa fue una de las primeras, porque yo nunca había salido. Ya cuando fuimos a la del 2014 ya habíamos estado en esta. Y pues siempre las movilizaciones que se han hecho han sido por la defensa del territorio y pues eso han sido unas buenas experiencias para nosotras, y tener qué contarle a nuestras comunidades o a nuestros hijos.

**Debido al incumplimiento de los acuerdos, las lideresas se vieron obligadas a realizar nuevas movilizaciones para exigir sus derechos. María Claudia y María Aidé lo narran de la siguiente forma:**

Eso fue el año pasado en el 2021, cuando se dieron a tomarse Casa Maquina [centro de operación de la hidroeléctrica de Salvajina]. Eso fue por el plan de manejo ambiental que



se está llevando en estos momentos con una empresa, que llevamos muchos años haciendo consulta, pues ya supuestamente consulta previa, que se está haciendo de los daños de los impactos que ha dejado la construcción, el funcionamiento de la represa de la Salvajina en varias comunidades del municipio de Suárez. En este momento en eso están lo que es el Consejo Comunitario de Pureto, el Consejo Comunitario de La Toma y el Consejo Comunitario de Brisas. Esos tres están todavía en la pelea y eso ha sido un proceso de varios años. Se han construido, ya tienen muchos acuerdos, pero sabemos que es una empresa y no quieren perder. Entonces como que ya [los habitantes] están muy cansados como de ver lo mismo, y que siempre como que en las reuniones ellos como que las dilataban y a veces como que se retiraban de los espacios. Entonces como que ya cansados de eso decidieron hacer ya acciones más contundentes hacia [la empresa] como pa' que dijeran «ya estamos cansados de ustedes y que sigan en las mismas». Entonces se fueron a tomar la Casa Máquina, y después de ahí tuvieron una noche completa en el espacio, estuvieron ahí, cuando al otro día que no, que vamos a reunión, y fueron a reunión unidos. Y se reunieron y [las otras lideresas dijeron] «no muchachas, ya hicimos acuerdo», y hasta ahora seguimos en la pelea con [la empresa] porque no nos solucionan nada.

Ese día, bueno, de aquí fuimos poquitos, me acuerdo que fuimos poquitas mujeres. Entonces ese día la mayoría fue de La Toma y los de Suárez [...]. De aquí fuimos como unos seis. Entonces ese día llegamos allá, nos quedamos en la oficina de ASOYOGÉ, ahí nos dieron los alimentos. De ahí dijo «no, vamos a la Salvajina», y ese día nosotros fuimos [...] y yo les decía «no, vamos y nos tomamos la Salvajina». Y verdad, ellos fueron y había otros muchachos que ellos en este momento están haciendo parte de la Guardia Cimarrona de La Toma. Entonces ese día estaba el Ejército, nosotros llegamos allá, el Ejército nos abrió la primera puerta, porque eran dos. Y ese día nosotros entramos, y entonces el Ejército algunos nos apoyaban, otros no nos quisieron apoyar, y ahí nos hicieron



tiros, y nosotras entonces masacrábamos la segunda puerta diciendo que nos iban a matar, que en parte porque la energía era muy cara y acá había tres plantas.

Bueno, y entonces ese día nosotros estuvimos allá, y cuando al día de acá a este lado había alguien que nos iba a disparar, entonces nosotros dijimos bueno, y si nos van a disparar desde allá, y como había un muchacho de aquí que él estuvo trabajando allá él supo cómo se abría la puerta y el muchacho nos abrió la puerta y nosotros nos entramos. Cuando llegamos hasta cierta parte entonces había tres policías, tres soldados, de ahí de la base, entonces nos dijeron «no sigan más de ahí porque eso tiene como si en parte tuviera con energía. No sigan más de ahí porque si siguen la energía los mata». Bueno, ahí ya viene un Defensor del Pueblo, vinieron tres, y estuvieron ahí. Hasta Dancy estuvo, estuvieron varias personas. Ellos se reunieron en la parte de acá arriba donde se hacen los helicópteros. Allí estuvimos. A unos soldados les fue muy mal porque a ellos tuvieron que desplazarlos de donde estaban a Popayán. Y pues yo en parte me siento contenta porque algunos muchachos de La Toma allá siempre me ven y me dicen «uy no, usted es una verraca» y a mí eso me da como alegría. Para mí fue una historia muy bonita.

**De forma similar, las lideresas también han tenido que resistir ante otros proyectos de «desarrollo», como la desviación del río Ovejas hacia el embalse de la Salvajina, tal como lo recuerda Dancy:**

Eso fue en el 86. De ahí de ese proceso se derivó que ellos entraron algunos acá a la consultiva. Pero fue un día normal. Estábamos así cuando ese día me acuerdo de que mandaron una chiva, que había una reunión en Buenos Aires. Así que eso nos organizamos rapidito allí y llenamos esa chiva y nos fuimos pa' Buenos Aires ahí donde estaban como esos hogares juveniles, que hay como un bachillerato de no sé qué. Y allá ese día fue que se armó lo de la consultiva, que ya se iba a dar lo de la ampliación del río Ovejas. Entonces de aquí ese día sacaron unas personas de allá, porque ese proyecto ya estaba avanzado y ni siquiera



le habían hecho la consulta a la comunidad. Entonces de ahí ya se vino un proceso largo y bonito que igual ellos tuvieron que empezar a trabajar en las comunidades. Que cuál era, bueno, hicieron muchos procesos, que cuál eran los [impactos] positivos, los negativos de ese proyecto, hasta que ese proyecto ya hubo una protocolización que fue en la iglesia de Suárez. Entonces cuando allí ya salieron como 20 impactos [...], entonces ahí ya fue que se hundió ese proyecto de desviación del río Ovejas. Pero lo bueno de esa historia es que acá la gente ha estado muy activa a cualquier cosa que sea para el bienestar y el desarrollo de la comunidad, porque ese día llegó el concejal de ese tiempo [y dijo] «hay que hacer esto» y todos caminamos. Ahí mismo listo, tenemos que ir a hacer esto, y así fue como ese proyecto como dos veces, dos o tres veces, han removido ese proyecto y hasta ahorita no lo han podido hacer, que ese proyecto es una desviación del río Ovejas al embalse de la Salvajina, y hasta ahorita gracias a Dios no lo han podido hacer. Pero todo es porque hemos estado ahí activas. Porque cuando se dice algo todos nos juntamos.

**Además, las lideresas también han enfrentado otros procesos de destierro y desalojo, ante los cuales también han tenido que resistir, como cuando el Ministerio de Minas otorgó una concesión a una empresa minera en 2009. Así lo recuerdan Katherine y Yolanda:**

Eso se dio cuando el Ministerio de Minas le había entregado los títulos a [la empresa] y a ciudadanos privados sin ningún vínculo de la comunidad, y estas entregas de título llevaron al traslado de las familias que vivían ahí. Ahí el alcalde tenía que cumplir como un desacato, entonces él tenía que hacer cumplir ese pacto, y él mismo tenía que mandar la fuerza pública a sacar la gente del territorio. Esto se dio en el 2009, el gobierno había mandado a desplazar a los habitantes de La Toma, pero la comunidad más que todo como la comunidad de acá de Yolombó, porque la gente de La Toma tampoco es que asistieron mucho. Entonces la mayoría de la gente de aquí de Yolombó fue la que salimos a hacer la toma, que ese día nos desplazamos hasta Suárez. Ese día estábamos trabajando en la mina. Entonces



nos avisaron y ese día mucha gente hasta embarrados, embotados, porque de igual manera nosotros no podíamos permitir que se diera el desalojo en La Toma porque si se daba el desalojo en La Toma entonces nosotros también ya estábamos próximos para que nos desalojaran.

Y ese día [nos hicimos en] la parte de aquí de la carretera, aquí arribita, buscamos palos, buscamos piedra para hacer trancones para que no pudieran pasar las multinacionales. Y ese día nos quedamos varios días ahí para que no pudiera pasar esa gente, para que no pudieran desalojar la gente de La Toma.

Por su parte, Maria Orlenci narra otra situación vivida en el año 2016, cuando estaban a punto de desplazar a su familia debido a la construcción de una carretera:

Aquí en nuestra vereda cuando inició el tema de la pavimentación había cinco viviendas donde tenían que modificarlas a otra parte, a otro lugar. Entonces pues aquí no hicieron la consulta previa y entonces querían como llegar a atropellar a mi familia, porque son mi familia las personas



que estaban damnificadas por sus viviendas. Entonces pues yo era la primera porque me dicen que yo soy muy revolucionaria pero no es eso, sino que a mí me gusta que todos estemos bien, y si le duele algo a alguien aquí en la comunidad a mí también me duele. Y pues ya empezamos a ir a las reuniones y todo y ya esa gente querían era darnos lo que les daba la gana y entonces yo llamaba a varias personas [y les decía] «bueno, nos vamos a tomar la vía». Y verdad, las casas eran al lado de arriba de la carretera, y nosotros llamamos a esas personas y nos tomamos la vía y ahora sí pues mucha gente de la comunidad decía «ah, pues Orlenci, usted tiene que avisar, por qué no nos avisa», pero a veces uno como que es su familia, y a pesar de que aquí todos somos unidos, pero iniciaba con eso. Y así estuvimos hasta que llegó una señora y que no, que nos iban a desalojar a las personas de ahí, entonces yo llamé a mi hijo y llamé a otras personas que cómo así. Y ya nos fuimos juntando, fuimos hablando y cuando ya hicimos un paro en grande.

Aquí ese paro duró más de un mes, pero para nosotros fue una experiencia muy maravillosa porque el paro en la panamericana estaba aquí. Aquí trajimos al gobernador, donde se sentó aquí en este espacio, que le pedimos que esas viviendas. Aquí se dañó mucha comida, leche, pero de todas maneras esas cosas nos tocó hacerlas así porque a veces como uno es del territorio más olvidado entonces nunca le paran bola a uno y querían llegar a atropellar a mi familia, y a pesar de que yo estaba accidentada, pero desde allá yo estaba dando la pelea, y yo fui, encabecé. Y no, pa' qué, la gente aquí la comunidad por eso yo digo que somos muy bendecidos en la comunidad. Dios nos ha visto con unos ojos muy hermosos y somos muy bendecidos, porque si nos duele a uno nos duele a todos. Y entonces acerca de todos los líderes, los niños, esas arengas que el grupo de mujeres las cantamos, las decimos, los niños también se paraban ahí para cantarle al Ejército, a la gente. Entonces también tuvimos mucho apoyo de los niños porque eso fue muy duro. Fue muy duro, sí, pero lo logramos



gracias a Dios. Gracias a Dios lo logramos porque a pesar de que con mucha dificultad, pero le hicieron las casas a la familia. Entonces para mí esa historia me marcó mucho, porque fue donde una noche también muy crítica pero la sobrevivimos. Habíamos alrededor de 20 personas y había casi 400 camioneros donde ellos ya querían proceder como a atacarnos a nosotros, pero nosotros fuimos más fuertes que ellos. Entonces eso fue mi experiencia.

**Otra de las experiencias que vivió la comunidad se remonta al año 2011, cuando un grupo armado hizo estallar la torre de comunicación que se encontraba en el territorio. Así lo relata Maria Lucrecia:**

Otra historia que hay por contar es el día que la torre, el día que volaron la torre. Ese día también fue un día muy, muy duro para nosotros, porque nosotros nunca habíamos vivido una cosa de esas aquí, y sentir una explosión tan dura. Uy, eso zumbó las casas, y nosotros pues con nuestros hijos era el miedo, y pues nosotros más que todo pues pensamos también en el señor que cuidaba arriba, porque él era también de aquí de la vereda. Y pues el pensar de nosotros era que lo habían explotado también con esa torre. Y entonces pues ese era el gran miedo que nosotros también sentíamos. Pero cuando ya a ratos pasó y el señor bajó asustado ya porque la gente lo había sacado pues ahí ya pudimos tener un descanso, pero también fue un momento muy difícil el que vivimos. Fue el atentado a la torre, pero también se veían balaceras, entonces la balacera también. Pero todo era como hacia acá. Ese día esa gente decidieron tomarse esa torre, pero no sabemos más, esa torre de comunicación.

Ese día pues la verdad nosotros no sabíamos, porque hasta yo estaba... Y dijeron «tumbaron la torre», y todos llegamos aquí, aquí abajito de la escuela. Cuando nosotros vemos que unas balas, que 'pim, pim'. Y había dos [actores armados] allá parados, y un líder, un señor, nos dijo ¡¿Y usted qué?!, ay, pues [es que] yo cogí el teléfono pa' llamar, porque mi esposo estaba trabajando allá abajito. Y el líder me dice «¿Usted qué está haciendo? ¡No ve que esa gente la está viendo



y está creyendo que está llamando pa' dar información!» Nosotros vimos que unas balas pasaron por aquí. Yo dije «Dios mío, nos mataron». Pero había cantidad de gente y ahí nos habrían podido matar a nosotros insulsamente, porque como era la primera vez [que vivíamos algo así], como dice ella, pues uno qué iba a saber. Nosotros pensábamos que eso no causaba nada de sospecha, que uno quisiera llamar a su marido [para saber si estaba bien].

Como se logra apreciar, las lideresas de ASOMUAFROYO han liderado diversos procesos de resistencia a lo largo del tiempo. Estos procesos abarcan una amplia gama de desafíos, desde enfrentar la minería a gran escala en el río hasta lidiar con intentos de desplazamiento y proyectos de infraestructura, así como el incumplimiento de acuerdos previamente establecidos. En todos estos casos, las mujeres que integran ASOMUAFROYO han puesto en riesgo sus vidas en la incansable lucha por la defensa de su territorio y la garantía de los derechos de las comunidades étnicas.

Es crucial reconocer que los actos de violencia enfrentados por las lideresas no deben ser considerados como eventos aislados dentro del contexto colombiano. Más bien, deben ser entendidos como componentes esenciales de sistemas entrelazados de desigualdad de género, racismo y clasismo, los cuales han normalizado la violencia, el destierro y la pérdida de vidas entre las mujeres afrodescendientes y sus comunidades<sup>33 y 34</sup>. Estos sistemas se han fundamentado en la errónea noción de la superioridad de los hombres y las personas blancas y económicamente privilegiadas, estableciendo jerarquías en la sociedad en función de ello. Con esto, se han fomentado modelos de explotación económica y prácticas deshumanizadoras que han resultado en opresión, esclavitud, servidumbre, muertes y desplazamientos sistemáticos que se han perdurado a lo largo de siglos, en particular hacia las mujeres africanas, sus descendientes, sus comunidades y sus territorios.

Este caso ejemplifica cómo la vulneración de los derechos individuales, colectivos y étnicos de las poblaciones afrodescendientes en Yolombó y el Norte del Cauca ha afectado tanto a estas mujeres como a sus antepasados, teniendo un impacto en diversos ámbitos, como lo son lo comunitario, lo cultural, lo



familiar, lo económico, lo psicológico, lo espiritual, lo ambiental y lo territorial. En conjunto, estos hechos podrían caracterizarse como una forma de etnocidio<sup>35</sup> hacia los pueblos afrodescendientes en Colombia.

En el marco de la defensa del territorio, cabe destacar la singularidad y la relevancia de esta lucha liderada por mujeres afrodescendientes. Sus enfoques horizontales en relación con el territorio, los procesos colectivos, la visión de la comunidad como una familia extendida, así como el amor y la empatía que caracterizan sus acciones y su historia de resistencia ancestral, constituyen el motor de esta lucha por la preservación de su identidad y sus formas de comprender el mundo. Aquí radica la importancia crítica de las mujeres afrodescendientes en la defensa del territorio: a través de su perspectiva única, permiten que Colombia como nación repiense su relación con el territorio. Ayudan a cambiar la forma concebir el medio ambiente, pasando de verlo como un recurso susceptible de explotación a considerarlo como una entidad viva en sí misma. En este contexto, el lema que impulsa la resistencia de las lideresas de ASOMUAFROYO, «el territorio es la vida, y la vida no se vende, se ama y se defiende», adquiere un significado profundo.



*Vivir sabroso*  
en la Yolombó soñada



Después de explorar la historia del territorio, comprender las concepciones de paz de las lideresas y conocer las experiencias de resistencia que han compartido como comunidad, es imprescindible adentrarnos en cómo la misma Asociación concibe el futuro de Yolombó. A continuación, se exponen algunas de sus visiones.

Para Mery Yein, la Yolombó de sus sueños es aquella en la que puedan preservar sus tradiciones, rindiendo homenaje a sus antepasados. Además, anhela habitar en un territorio donde el río Ovejas fluya libre de mercurio, cianuro y otras sustancias tóxicas, y donde los bosques se mantengan intactos, permitiendo la prosperidad de la vida. Así lo expresa a través del siguiente acróstico:

**M**e siento muy orgullosa  
**o**bedeciendo mi instinto  
**v**ivir en un mundo distinto en  
**i**gualdad de derechos  
**l**uchar como mis ancestros  
**i**nvitando a los renacientes  
**z**az, a cuidar el medio ambiente y a  
**a**provecharnos de lo nuestro  
**c**on amor y mucho empeño  
**i**deando nuestro sueño  
**o**btengamos un buen vivir  
**n**o me canso de insistir.

**D**ios es nuestro guardián  
**e**n cada paso que damos.

**M**ujeres y hombres soñamos  
**u**n mundo de paz y armonía  
**j**untémonos con alegría  
**e**mpoderándonos de nuestra riqueza  
**r**ío, territorio, nuestra fortaleza  
**e**naltezcamos a nuestros mayores  
**s**u sabiduría nos hará mejores.



¡Oh, Yolombó querido!, tierra que me vio nacer, donde tenemos un río que no queremos perder. Que con sus malos cultivos y la minería criminal contaminaron las fuentes causando un enorme mal. Mujeres de Yolombó, sembradoras de vida, aportamos al territorio para sanar las heridas. A nuestras fuentes hídricas vamos a reforestar, guadua y nacedero es lo que debemos sembrar. A mi territorio lo quiero, son mi comunidad. Musgos helechos y pinos, hay una gran variedad. Todas las plantas son buenas para purificar el medio ambiente, lo malo son esos químicos que utilizan la gente. El territorio provee para poder subsistir y lo debemos cuidar para tener un buen vivir.

Quiero a futuro que nuestro territorio, igual que lo han dicho mis compañeras, sea un territorio de paz. Que no dejemos ese espíritu de lucha que nos dejaron nuestros ancestros y que Yolombó sea referente para el mundo entero y para muchas generaciones que vienen.

Por su parte, Dancy comparte su visión del territorio en el futuro, especialmente después de la construcción de lo que será el Centro de Innovación Sociocultural y de Medicina Ancestral en Yolombó. Este proyecto tiene como objetivo principal impulsar el desarrollo económico de la comunidad. La idea de construir este centro de innovación surgió en el contexto de Ready for Impact, un proyecto respaldado por la Fundación Ford y liderado por el Centro de Estudios Afrodiaspóricos (CEAF) de la Universidad Icesi. Así lo relata Dancy:

Nosotros ahorita nuestro objetivo es nuestro Centro de Innovación Sociocultural. Nosotros, nosotras, le estamos apuntando a este proyecto porque de ahí vemos que va a ser un proyecto que va a ser de un impacto muy importante. Si nosotros con ese centro, pues le cuento que nosotros vamos a hacer es bellezas. Yo no más [risas]. Yo, yo me imagino ese proyecto ya construido, entonces así que con ese centro nosotros vamos a tener trabajo ahí para rato. Eh, Dora va a estar en el restaurante con Yolanda, van a ser ahí la chef en ese restaurante. Eh, William va a estar en el laboratorio donde vamos a transformar las plantas.



Dámaris con Claudia van a estar en el componente en donde vamos a hacer los shampoo, las cremas. Mery Yein va a estar ahí donde va a llegar la gente y ella le va a contar cómo ha sido el proceso de la minería. Otras vamos a estar donde van a llegar las mujeres [embarazadas a las] que les vamos a sobar la pancita, vamos a estar con Orlenci. Vamos a decirle cómo hay que, pues, el, para lo del bebé, cómo va a ser la etapa de la gestación, cómo es que van a hacer sus dietas. Y bueno, yo veo ese proyecto, no, les cuento. Entonces nosotros con ese proyecto vamos a tener un impacto súper, súper, y si ese proyecto se nos da le cuento que ASOMUAFROYO va a quedar es súper parado con ese proyecto. Y como nosotras ya estamos listas para impactar [risas].



Si bien Yolombó no alberga cultivos de coca, estos sí están presentes en la región, lo que ha dado lugar a una creciente sensación de inseguridad en el Norte del Cauca debido a la presencia de actores armados. Por esta razón, es de vital importancia abordar la erradicación de estos cultivos que se siguen expandiendo en la región. Además, Dancy enfatiza la necesidad de garantizar el acceso a agua potable y sistemas de acueducto en la vereda, así como de fortalecer la soberanía alimentaria y brindar oportunidades de educación a las mujeres afrodescendientes de la comunidad.

En un futuro quisiera que mi territorio, mi comunidad Yolombó, fuera algo similar a unos años anteriores. Ejemplo, sería que en nuestra comunidad [de Suárez y sus alrededores] estuviera libre de cultivos [de uso ilícito], porque pues donde no hay cultivos [de uso ilícito] casi no hay tanta violencia. Porque cuando llegan los cultivos ilícitos siempre empiezan como a enfrentarse los grupos y todo eso. Entonces pues que fuera una comunidad libre de esos cultivos ilícitos. Que todas nosotras tuviéramos, ejemplo, que cada persona de la comunidad tuviera su tierra, entonces lo que necesitamos es tener siembras, que cada familia tenga su siembra, donde tenga su huerta ahí en la casa. Que si vamos a ir al pueblo vamos de pronto por el arroz. Que nosotros solo tengamos que depender de nosotros mismos, porque se vienen tiempos difíciles, que de pronto va a haber plata, pero no va a haber comida. Entonces que [sean] unos tiempos [donde] nosotros no vayamos a tener ese problema, que [no] estemos aguantando hambre. Entonces que sea una comunidad donde nosotros mismos tengamos un sustento aquí, y más que todo empezando por nosotras las mujeres aquí. Que tengamos unos cultivos libres de químicos. Que tengamos también el acueducto para poder nosotros contar con un agua potable. Y que sigamos haciendo una minería, puede ser una minería más avanzada, pero que esté libre de mercurio, de cianuro, que, pues podamos vivir sabroso, como siempre lo decimos, y que hayan ya muchas mujeres profesionales, que podamos seguir con estas dinámicas que estamos haciendo. Y pues que haya unas mujeres ya bien capacitadas y fortalecidas.



María Claudia resalta la importancia de vivir en un entorno de paz y tener acceso a una educación de alta calidad para todas las personas de la comunidad. Asimismo, hace hincapié en la necesidad de preservar y honrar el legado de sus antepasados, restablecer la conexión con el río y crear oportunidades significativas para las mujeres en la comunidad.

A futuro me gustaría que mi territorio fuera un territorio de paz, de mucha tranquilidad. Que hubiera más mujeres empoderadas. Que nuestros jóvenes [y] niños siguieran ese legado ancestral de nuestros mayores y de nuestros ancestros. Que esa tradición nunca acabe, que la lucha por la permanencia en el territorio sea permanente, tanto en nuestros jóvenes [como en] nuestros niños, que eso no se quede atrás en el olvido. Que podamos tener el centro de innovación, que es algo que nos va a servir mucho a nosotros como a personas extranjeras, pero también que Yolombó pueda tener empresa y pueda generar empleo a nuestras mujeres, ya que muchas se van a casas de familia [a trabajar en oficios domésticos]. Que también podamos tener jóvenes, niños, con una educación superior, donde podamos estudiar [y formarnos como] ingenieros, ingenieras, enfermeras, médicas, médicos, que podamos tener profesores, profesoras, que contemos con un personal muy capacitado. Que sigamos forjando futuro, que sigamos abriendo caminos, y también, como decía Dancy, sabemos que no contamos con un acueducto, y ojalá pues lo podamos tener. Que nuestras aguas ya no tengan más mercurio, que podamos también volver al río y podamos tener esa conexión con el río, ya que se ha perdido mucho y ya la gente no va al río, entonces que ojalá podamos volver a tener esa conexión con el río. Que sigamos haciendo esa minería ancestral que dejaron nuestros mayores, nuestros ancestros, y que sigamos viviendo sabroso en comunidad y armonía con el territorio, con la naturaleza.

Así, las mujeres de Yolombó persisten en su lucha por el derecho a vivir con dignidad, libertad y paz en el territorio que han habitado sus antepasados durante generaciones. Su resistencia se enfoca en preservar y transmitir sus propias concepciones del mundo,



así como en enseñar sus costumbres a las futuras generaciones. En este esfuerzo, estas mujeres se unen a otras comunidades afrodescendientes e indígenas en el Norte del Cauca y en Colombia en su búsqueda de justicia social y ambiental.

Las lideresas afrontan varios desafíos en esta lucha, incluyendo la persistente desigualdad racial y de género que aún afecta al país, así como los impactos del modelo extractivista en contextos de conflicto armado, que han tenido repercusiones negativas tanto en el medio ambiente como en las comunidades étnicas y sus líderes y lideresas. En este contexto, las mujeres de ASOMUAFROYO marchan con el propósito de que las empresas privadas respeten el proceso de consulta previa y para que el Estado colombiano asegure el cumplimiento de sus derechos como comunidades étnicas y como seres humanos.

Además, se movilizan para lograr la instalación de servicios básicos como acueductos, alcantarillado y electricidad en sus hogares, así como para que sus hijos e hijas tengan la libertad de elegir vivir en otras ciudades si así lo desean, por elección propia, no por falta de opciones. A su paso, estas valientes mujeres alzan sus voces en defensa de la preservación y el respeto por todas las formas de vida. Su lucha es un testimonio de la resiliencia y la determinación de las mujeres étnicas en Colombia.

ASOMUAFROYO se esfuerza por promover la construcción de una paz en Colombia que tenga en cuenta perspectivas étnicas y de género. Este enfoque es de vital importancia para la creación de sociedades más



justas y equitativas para todas las personas. Durante muchos años, el conflicto armado interno ha afectado de manera desigual a las mujeres y a las comunidades afrodescendientes e indígenas, lo que ha llevado a la violación de sus derechos humanos y étnicos y a la restricción de su acceso a recursos y oportunidades. Por esta razón, es esencial implementar acciones con un enfoque de género y étnico-racial en los procesos de construcción paz. Esto permitirá abordar las causas estructurales del conflicto y garantizar que los beneficios de la paz se distribuyan de manera equitativa en todas las comunidades.

Asimismo, es esencial destacar que la construcción de la paz en Colombia desempeña un papel fundamental en la transformación de las estructuras de discriminación y violencia, fomentando una cultura basada en el respeto e inclusión de la diversidad. Esto implica la promoción de valores fundamentales como la igualdad y la no discriminación, la eliminación de estereotipos raciales y de género y la facilitación de la participación plena de todas las personas en todos los ámbitos de la sociedad, sin importar su género, etnia-raza o clase social.

La perspectiva de vida de las lideresas afrodescendientes de Yolombó, resaltada por su resiliencia, resistencia, fortaleza y amor profundo hacia sí mismas, su comunidad, sus antepasados y su tierra, ilumina un camino hacia una comprensión alternativa de la paz y la existencia. Estas mujeres brindan una lección valiosa sobre la posibilidad de establecer relaciones transformadoras con nuestro país, de vivir en una Colombia más sostenible, donde el odio, el rencor, el egoísmo y el dolor puedan transformarse en amor, perdón, sanación y unidad.

Para lograrlo, es esencial generar espacios de escucha, diálogo e inclusión real en los procesos de construcción de paz, así como permitirnos abrirnos a sus ideas y aplicarlas en nuestros propios contextos. Esto implica salir de nuestra zona de confort y tomar acciones, grandes y pequeñas, que nos acerquen cada vez más a formas de vida más sostenibles e inclusivas, como disculparnos cuando cometemos errores, abrazar nuestra identidad y nuestras raíces, aceptar las diferencias de pensamiento y mostrar amabilidad hacia quienes nos rodean. Además, es fundamental cultivar la



empatía hacia otras comunidades, tanto dentro como fuera de Colombia, reconociendo la humanidad que compartimos. La responsabilidad de forjar un futuro mejor, tanto a nivel individual como colectivo, es un llamado a la acción que debemos atender desde nuestros diversos lugares: el colegio, la universidad, la calle, la vereda, la ciudad, el entorno laboral, la finca o nuestro barrio. De esta forma, cada uno y cada una de nosotras puede contribuir a la transformación de nuestras sociedades.

ASOMUAFROYO nos ofrece un espejo en el que podemos reflejarnos y aprender. Nos inspira a reflexionar críticamente sobre nuestras acciones y las consecuencias que estas tienen en nuestro entorno. Su ejemplo nos impulsa a actuar con valentía y empatía hacia los demás seres, a superar las barreras que nos separan y a trabajar en unidad en la construcción de sociedades más justas, pacíficas y sostenibles, donde la diversidad y pluralidad de formas de vida y modos de pensar, ser y existir se conviertan en nuestra mayor fortaleza.

En este viaje compartido, recordemos siempre que todas las acciones pueden tener un gran impacto. Cada sonrisa, cada gesto de solidaridad, cada esfuerzo por esclarecer la verdad de lo vivido en el marco del conflicto armado, por prevenir la repetición de la violencia, por buscar justicia y por escuchar y apoyar a las personas que nos rodean nos acercan un paso más al mundo en el que anhelamos y merecemos vivir. Para avanzar con valentía y determinación y construir no un futuro, sino un presente en paz, debemos reconocer el perdón, la fuerza, la resiliencia, la justicia y el amor que residen en nuestro interior, permitiéndoles irradiar su luz en cada rincón de nuestro ser y de nuestro hogar, y llevarlos incluso más allá de los confines de nuestra comunidad y las fronteras de Colombia, hasta convertirlos en un faro de esperanza para toda la humanidad. Recordemos siempre que el territorio es la vida, y la vida no se vende, se ama y se defiende.



# Referencias

1. Departamento Nacional de Estadística (DANE). (2019). Comunidades Negras, Afrocolombianas, Raizales y Palenqueras. <https://goo.su/PhXfByz>
2. Cubillos Álzate, J. C., Matamoros Cárdenas, M., & Perea Caro, S. A. (2020). Boletines Poblacionales 1: Población NARP Oficina de Promoción Social Ministerio de Salud y Protección Social. <https://goo.su/X1H4U1>
3. Rodríguez, M., & Mallo, T. (2012). Los afrodescendientes frente a la educación. Panorama regional de América Latina. [www.fundacioncarolina.es](http://www.fundacioncarolina.es)
4. Entidad de las Naciones Unidas para la Igualdad de Género y el Empoderamiento de las Mujeres (ONU Mujeres). (2017). Brechas de Género y Desigualdad: de los Objetivos de Desarrollo del Milenio a los Objetivos de Desarrollo Sostenible. <https://goo.su/RJpx9>
5. DANE, Consejería Presidencial para la Equidad de la Mujer (CPEM) & ONU Mujeres. (2020). Mujeres y Hombres: Brechas de Género en Colombia. <https://goo.su/W6RUd8>
6. Crenshaw, K. (1989). Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine. University of Chicago Legal Forum, 1989(1). <https://goo.su/OAOJB>
7. Hill Collins, P. (2000). Black feminist thought: knowledge, consciousness, and the politics of empowerment. <https://www.routledge.com/Black-Feminist-Thought-Knowledge-Consciousness-and-the-Politics-of-Empowerment/Collins/p/book/9780415964722#>
8. Davis, A. (2005). Mujer, raza y clase. Ediciones Akal. <https://goo.su/bk6KUe>



9. Vergara Figueroa, A., & Arboleda Hurtado, K. (2014). Feminismo Afrodiaspórico. Una agenda emergente del feminismo Negro en Colombia. *Universitas Humanística*, 78(78). <https://doi.org/10.11144/javeriana.uh78.fafn>
10. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). (2018). Mujeres afrodescendientes en América Latina y el Caribe. Deudas de igualdad. <https://goo.su/AkEva>
11. ONU Mujeres. (2022). Mujeres afrodescendientes de América Latina y el Caribe dialogan sobre sus contribuciones y respuestas ante el cambio climático en el marco de la CSW66. ONU Mujeres América Latina y El Caribe. <https://goo.su/wzVdYO>
12. Alianza de Civilizaciones de las Naciones Unidas (UNAOC). (2022). Youth Forum. The Future They Want: An Intergenerational Dialogue. <https://goo.su/xcguRKC>
13. Cubillos Álzate, J. C., Matamoros Cárdenas, M., & Perea Caro, S. A. (2020). Boletines Poblacionales 1: Población Indígena Oficina de Promoción Social. <https://goo.su/CIUVMt>
14. Vélez Torres, I., & Henao Gallego, N. (2022). Acciones para la protección de la vida y el territorio en entornos mineros. <https://goo.su/Iy12I>
15. Ojeda, D. (2021). Glifosato en Colombia. Centro de Estudios Interdisciplinarios Sobre el Desarrollo. <https://youtu.be/fodNTNSb1a4>
16. Hurtado-Bermúdez, L. J., Vélez-Torres, I., & Méndez, F. (2020). No land for food: prevalence of food insecurity in ethnic communities enclosed by sugarcane monocrop in Colombia. *International Journal of Public Health*, 65(7), 1087–1096. <https://doi.org/10.1007/s00038-020-01421-3>
17. DANE. (2021). Informes de Estadística Sociodemográfica Aplicada. Número 1: Caracterización territorial y sociodemográfica de los homicidios y suicidios en Colombia. DANE. <https://goo.su/JjAo>
18. Registro Único de Víctimas (RUV). (2023). Víctimas Conflicto Armado. RUV. <https://goo.su/daF7>



19. Vergara Figueroa, A. (2018). *Afrodescendant Resistance to Deracination in Colombia: Massacre at Bellavista-Bojayá-Chocó* (1° ed.). Palgrave Macmillan. <https://link.springer.com/book/10.1007/978-3-319-59761-4>
20. Díaz-Ulabares, L. (2017). *Trenzando nuestras raíces: proceso inicial para la construcción de territorio del corregimiento El Peón, en el área rural del municipio de Jamundí – Valle*. Universidad del Valle. <https://goo.su/REniKqF>
21. Osorio Sánchez, E. G., Ayala García, E. T., & Urbina Cárdenas, J. E. (2018). La mujer como víctima del conflicto armado en Colombia. *Revista Academia & Derecho*, 9, 49–66. <https://goo.su/bl1P4V>
22. Bautista Revelo, A. J., & Coll Agudelo, A. (2013). Restitución y acceso a la tierra para mujeres víctimas en el departamento del Cauca. *Corporación de Mujeres Ecofeministas*. <https://goo.su/hvXGtT>
23. Comisión Nacional de Género Rama Judicial (CNGRJ). (2011). *Género y desplazamiento forzado. Programa Integral contra Violencias de Género*. <https://goo.su/WGs4>
24. Somos Defensores. (2022). *Teatro de Sombras: Informe anual 2021, Sistema de Información sobre Agresiones contra Personas Defensoras de Derechos Humanos en Colombia -SIADDDH-*. Programa Somos Defensores. <https://goo.su/gYPXSKh>
25. Quiceno Toro, N. (2016). *Vivir Sabroso: Luchas y Movimientos Afroatrateños en Bojayá, Chocó, Colombia*. Universidad del Rosario. <https://doi.org/https://dx.doi.org/10.12804/th9789587387506>
26. Ferreira, R., & Seijas, T. (2018). El comercio de esclavos a América Latina: Una evaluación histórica. En A. de la Fuente & G. R. Andrews (Eds.), *Estudios afrolatinoamericanos: una introducción* (pp. 41-69). Centro de Estudios Latinoamericanos (ALARI) - Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).



27. Nieto, D. (2019). Genealogías del multiculturalismo y la territorialidad rural en el Cauca: el resguardo indígena, el cuerpo negro y la frontera campesina. En I. H. Valencia & D. Nieto (Eds.), *Conflictos multiculturales y convergencias interculturales. Una mirada al suroccidente colombiano* (pp. 23–68). Editorial Universidad Icesi. <https://goo.su/J8Upz>
28. Carrasquilla, T. (1928). *La Marquesa de Yolombó*. Fundación Biblioteca Ayacucho. <https://goo.su/EUwE>
29. Fisas, V. (1998). Una cultura de paz. En Fisas, V. *Cultura de paz y gestión de conflictos*. (pp. 1-26). Barcelona: ICARIA
30. Galtung, J. (1998). *Peace and conflict, development, and civilization*. Oslo, Instituto Internacional de Investigación para la Paz (SIPRI).
31. Jaramillo I, Correa M. (2020) *Sexo, violencia y castigo* (Coord.). Argentina: Ediciones Didot. <https://doi.org/10.2307/j.ctv1kz4fxn>
32. Dest, A. (2020). «Desencantarse del estado»: confrontando los límites del multiculturalismo neoliberal en Colombia. *Revista Colombiana de Antropología*, 57(1), 17–48. <https://doi.org/10.22380/2539472X.1374>
33. Centro de Estudios Afrodiaspóricos (CEAF). (2020). *Racismo, patriarcado y conflicto armado: informe a la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición*. <https://goo.su/OKK9q>
34. Moon-Kie, J., & Costa Vargas, J. (2021). *Antiblackness*. Duke University Press. <https://www.dukeupress.edu/antiblackness>
35. Arboleda, S. (2016). Plan Colombia: descivilización, genocidio, etnocidio destierro afrocolombiano. *Nómadas*, 45, 75-90. ISSN 0121-7550.





# Otros libros

## 2023

### **Debates y reflexiones contemporáneas sobre el racismo en el suroccidente de Colombia**

Luis Ernesto Valencia Angulo (ed.)

<https://doi.org/10.18046/EUI/ee.6.2023>

### **Mujeres por el buen vivir. Relatos de liderazgos en el Norte del Cauca**

Isabel Giraldo Quijano / María Camila Franco Salazar / Dielina Isabel Palomino Castaño / Diana Sofía Falla / Fanny Andrea Guerrero Aponte / Claudia Dávila Santacruz (comps.)

<https://www.icesi.edu.co/editorial/cimarroneria-poetica>

## 2022

### **Cimarronería poética**

Oscar Maturana Córdoba / Carlos A. Valderrama (eds.)

<https://www.icesi.edu.co/editorial/cimarroneria-poetica>

## 2021

### **Demando mi libertad: Mujeres negras y sus estrategias de resistencia en la Nueva Granada, Venezuela y Cuba, 1700-1800 (2da ed.)**

Aurora Vergara Figueroa y Carmen Luz Cosme Puntiel (eds.)

<https://doi.org/10.18046/EUI/ee.2.2021>

Audio libro: <https://open.spotify.com/playlist/oDDI3DFOPlxKphcjxVkiER?si=8f72a60426dc4f77>



Este libro se terminó de editar en junio de 2023. En su preparación, coordinada desde la Editorial Universidad Icesi, se empleó tipo Georgia en 12/14.



Este libro nos adentra en las vidas de lideresas afrodescendientes rurales del Norte del Cauca, Colombia, quienes se dedican con fervor al cuidado del medio ambiente y a la construcción de paz. A través de sus relatos y memorias, nos invitan a explorar sus modos de vida y sus visiones sobre un mundo pacífico. Cada historia, desde la lucha contra el encarcelamiento de sus antepasados, pasando por sus múltiples esfuerzos por retirar las retroexcavadoras que realizan minería ilegal en el río Ovejas, hasta el destierro provocado por la construcción de la carretera de Suárez y la represa de Salvajina, nos sumerge en su incansable lucha por la defensa del territorio y su resistencia ante diversas formas de violencia.

En este viaje, estas mujeres afrodescendientes nos ofrecen unos lentes para comprender la realidad colombiana desde las perspectivas que históricamente han sido invisibilizadas. Al adentrarnos en sus vivencias, confrontamos los devastadores impactos del racismo, el patriarcado, el conflicto armado, el extractivismo y algunos proyectos de desarrollo en la Colombia rural. Más allá de visibilizar sus vivencias, esta obra inspira a ser resilientes, a perdonar y a vivir sabroso mientras nos reconectamos con nuestras raíces, la sociedad y las diversas formas de vida. Nos impulsa a construir un mundo sustentable, justo, inclusivo y en paz.

